

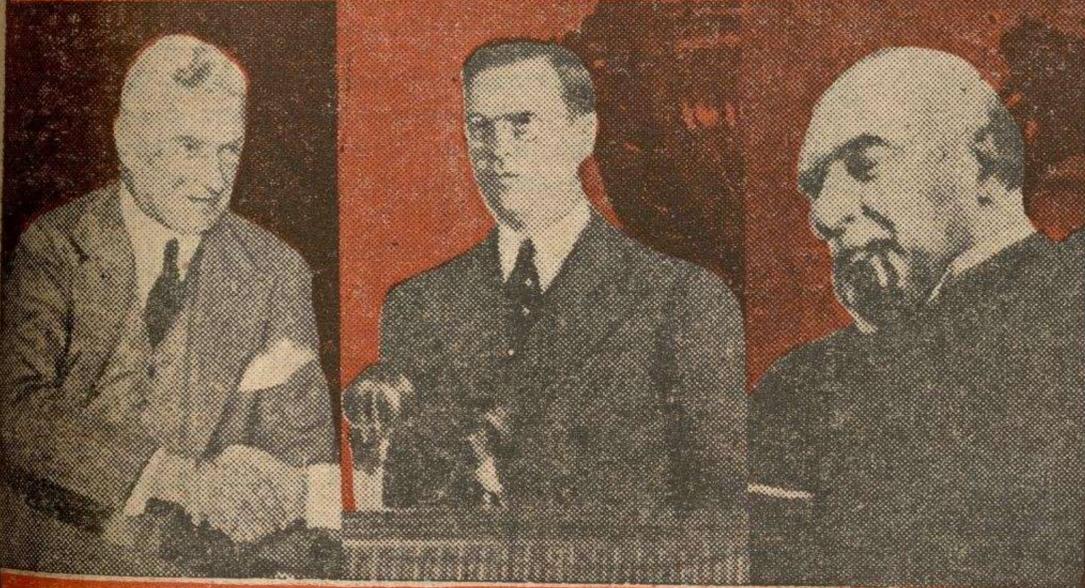
DIARIO

Habana 20 de Agosto, 1939

Decano de la Prensa de Cuba

DE LA MARINA

Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y
America



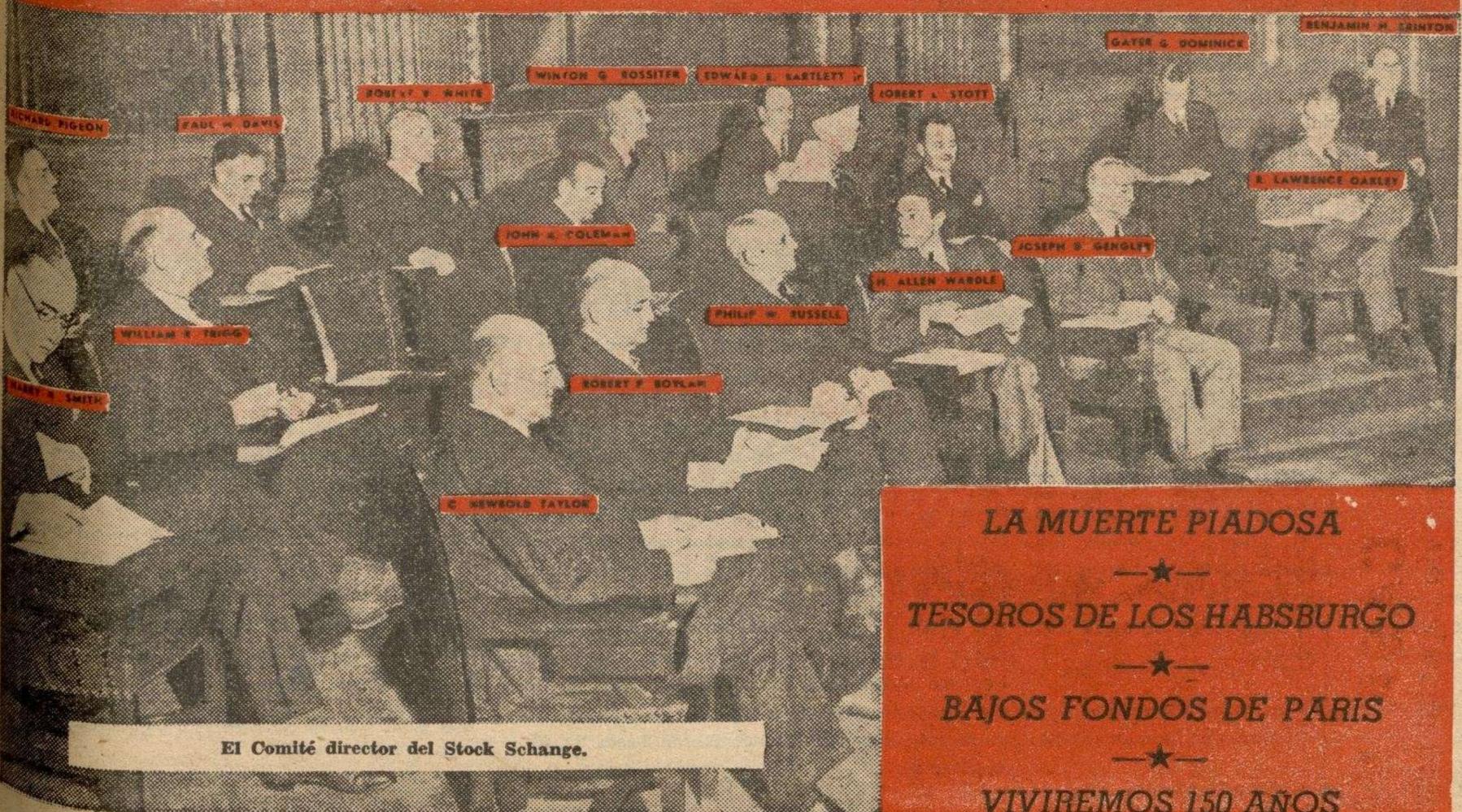
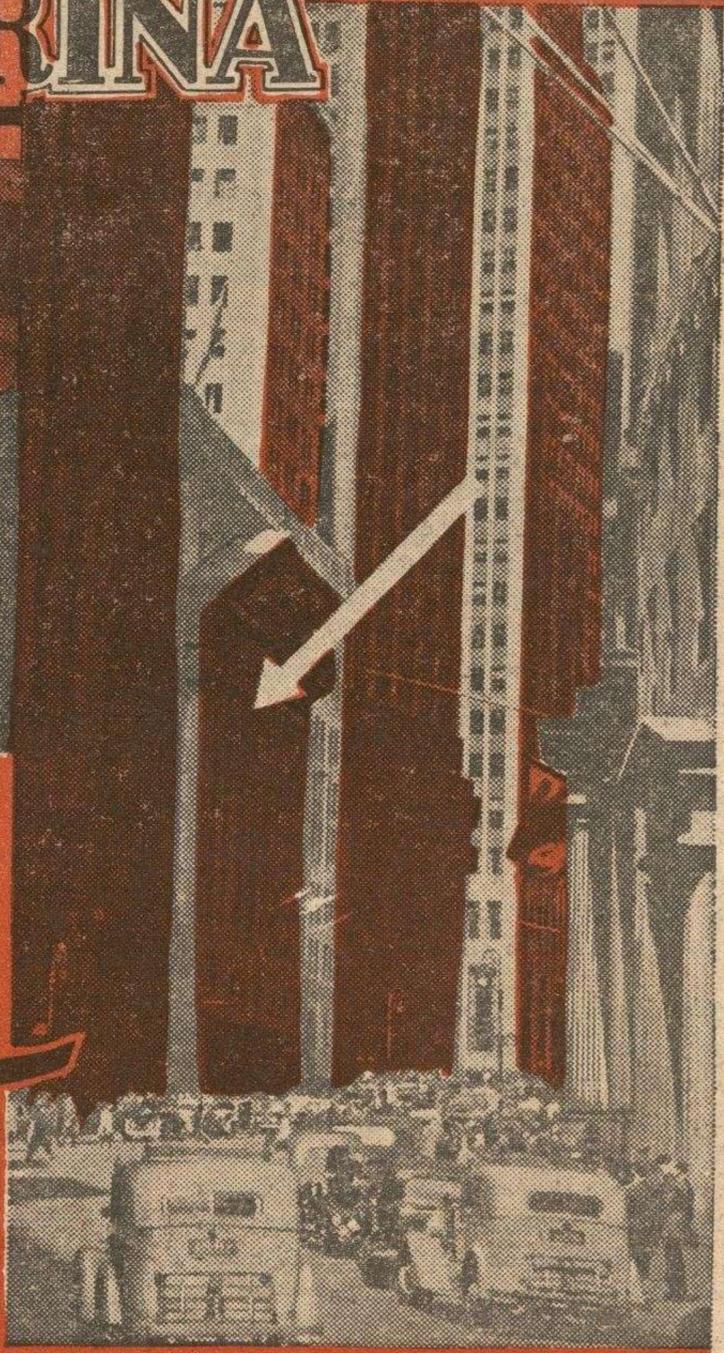
Mitchell (N. C. Bank)

Martin, P. de la Bolsa.

Morgan

Wall Street

Entrada de la Bolsa



El Comité director del Stock Schange.

LA MUERTE PIADOSA



TESOROS DE LOS HABSBURGO



BAJOS FONDOS DE PARIS



VIVIREMOS 150 AÑOS

Wall Street

las próximas elecciones en E.U.

WALL Street es una calle estrechísima, tal vez de las más sombrías de New York. Pero es también el más importante centro financiero del mundo. La insignificante calle está bordeada (excepto por el lado del Banco Morgan que sólo tiene dos pisos) por rascacielos en los cuales se albergan las más potentes bancas y la Bolsa más activa e importante: el Stock Schange. Wall Street ha dado su nombre a toda la barriada que lo envuelve.

Tal barriada es el símbolo de un trascendental período de la vida americana, cuando, después de la epopeya de los buscadores de oro de California, el país entero se entregó a vivir del crédito. Y el crédito, efectivamente, es Wall Street; y Wall Street sólo, el que se lo ofrece y manipula.

En 1929, los americanos, optimistas por temperamento y enardecidos por la demasiado fácil función del crédito, sucumbieron ante sus propias deudas. El potente edificio de Wall Street se hundió. El país quedó poco menos que paralizado. La cifra de los sin trabajo alcanzó la no despreciable suma de 15 millones de hombres, lo que representaba una población sin ingresos no inferior a los 50 millones de habitantes de la potente Unión.

En 1933 el Presidente Roosevelt, al tomar el poder devaluó el dólar. Lo que, en los Estados Unidos constituyó una verdadera revolución, pero que logró aligerar el peso de las deudas. Los males que el exceso de crédito habían fomentado, creyó al Presidente que sólo los nuevos créditos podrían reparar. Pero, para disponer del crédito quiso imponer el Estado a los bancos, dando de lado su potencia, para sustituir a por la del mecanismo oficial. Y de ahí, como se comprenderá, la cólera de Wall Street, que no obstante permaneció impasible.

Pero bien pronto la potente barriada de New York inició la primera revancha: el 30 de junio pasado, el Senado negó a Roosevelt el derecho de manejar la moneda.

El tiempo de esplendor pasado, de Wall Street, estaba encarnado por Pierpont Morgan. Ardoroso y lleno de sangre fría; grande, corpulento, con unas espaldas parecidas a las cajas fuertes, tal un Budá con nariz en forma de tubérculo, pertenece a una generación americana de autócratas que desapareció rápidamente.

—Si vosotros destruis las clases acomodadas, habréis destruido la civilización—dijo Morgan un día.

Muy anglófilo, jamás renunció mientras vivió su esposa, a ir a beber con ella su té, a las cuatro

y media de la tarde. Cultivado, gran coleccionista, viaja mucho a bordo de su yate, que es el más grande del mundo. Durante la última guerra presió, directa o indirectamente, más de mil millones de dólares a los aliados.

o o o

Pero volvamos a Wall Street.

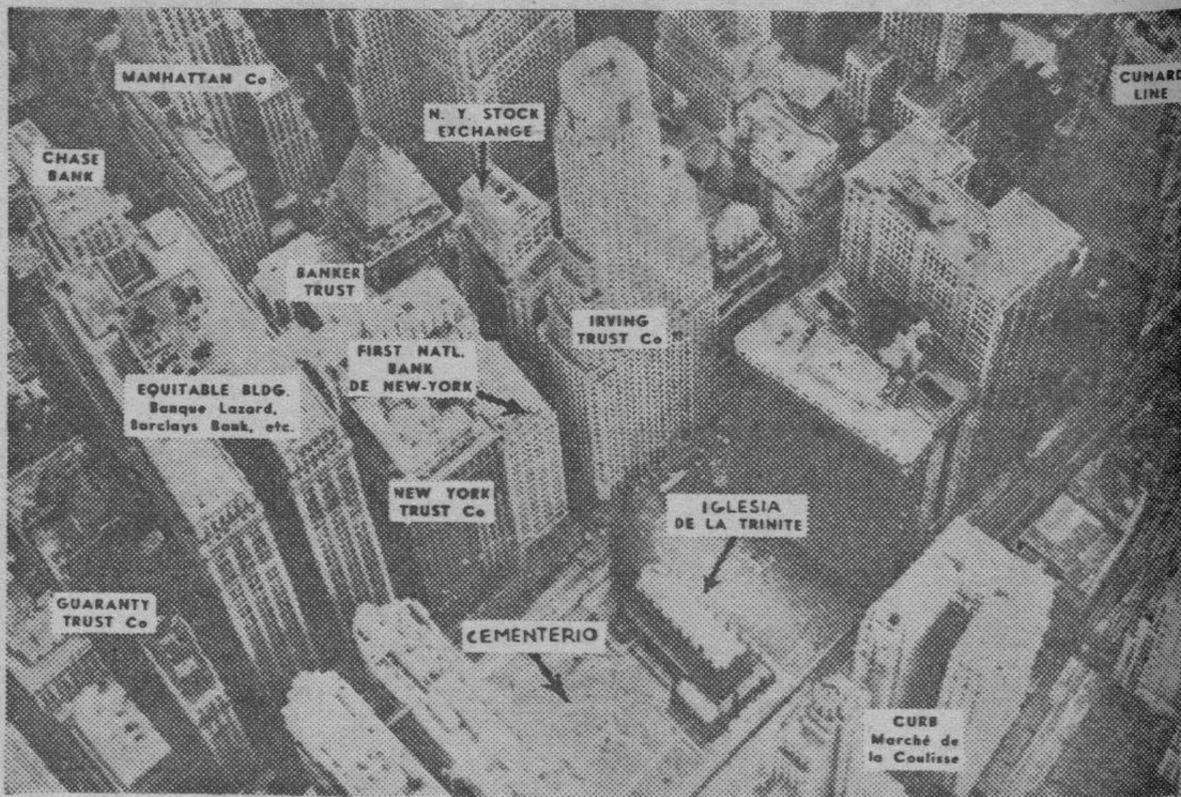
Los orígenes del Stock Schange de New York remontan al 1790, cuando el primer Congreso de la joven República autorizó la emisión de ocho millones de dólares de obligaciones del Tesoro. Las transacciones que tuvieron lugar sobre tales títulos necesitaron la creación de un mercado cuyas sesiones se celebraron en un rellano situado aproxi-

condiciones vertiginosas de rapidez y de precisión, gracias a la inteligente utilización de los medios mecánicos puestos a disposición de los operadores. El progreso se traducía ya en una forma concreta.

El Stock Schange de New York, bajo su forma actual, es una asociación libre, integrada por 1375 miembros, que son los únicos autorizados para realizar transacciones en el Mercado. La dirección de este organismo está confiada a un Comité director, compuesto por 32 miembros, encargado de dirigir la política de la asociación y de solucionar sus múltiples diferencias.

Aparte de John Pierpont Morgan, que heredó el asiento de su padre, la mayor parte de los corredores y de los grandes financieros de New York son self made man—hombres que han subido por su propio esfuerzo.

Charles Mitchel es el prototipo más flagrante de esta clase de hombres. Debutó en las tareas para ganarse la vida, con diez pesos semanales de sueldo. Fué empleado ferroviario; después de un banco. Y ha llegado a Presidente del National City Bank, hallándose a la cabeza de unos mil millones de pesos. Cuando el banco ha tenido vacilaciones, obligó a sus empleados a tomar obligacio-



Una perspectiva aérea del distrito financiero de Wall Street, en la que se señalan varias de las numerosas y potentes entidades que lo integran.

madamente a la altura del número 68 de la famosa calle. En 1792, los «brokers», en número de 22 concluyeron un acuerdo que echó las primeras bases de su futuro reglamento. Hacia 1817, los cambios ya se desarrollaban mucho; una nueva organización fué ultimada, siendo reconocida por el Estado de New York. El descubrimiento del vapor y la construcción de chimeneas de hierro determinaron la creación de numerosas sociedades que lanzaron al mercado numerosas emisiones. De lo que resultó una extensión considerable del mercado cuyas operaciones no se acentuaron hasta los últimos años.

La ejecución de órdenes se llevaba a cabo en unas

nes. Antes se le consideraba muy poca cosa. Hoy es considerado como un genio. Pues la mentalidad de Wall Street sólo gira en torno del éxito.

En la próxima lucha presidencial de los Estados Unidos, esta poca cosa y sus ramificaciones bancarias, comerciales e industriales—con la grey de financieros que pululan en Wall Street—; esta fuerza que jamás político alguno pudo menguar, dirá su última palabra.

Hay gente que da consejos sólo porque tiene que desembarazarse de ellos.

Después de todo, es mejor haber amado y haberse casado que no haber amado nunca.

A propósito de la visita de Voronoff a los Estados Unidos y de la teoría del Dr. Bogomoletz.

OY la mujer más feliz del mundo, no obstante la diferencia de edad entre mi marido y yo... El, ya tiene más de 73 años y yo aún no he llegado a los 30...

Este desnivel cronológico, no ha originado tropiezo alguno en nuestra armonía matrimonial...

Así se expresaba Madame Voronoff, esposa del famoso médico francés, al llegar hace un par de semanas a New York.

—¿De modo que su matrimonio «desde el punto de vista experimental» ha sido un éxito biológico? —preguntó uno de los reporteros neoyorquinos.

—Nada de «experimental» y nada de «biología» —contestó la esposa de ese galeno tan discutido en todo el orbe. Mi marido es sencillamente un hombre cuya energía cerebral se mantiene perfecta y prueba de ello, son los estudios que a diario viene realizando acerca del problema del rejuvenecimiento.

No se sabe el motivo de este viaje de Voronoff a América. Se habla de ciertos experimentos secretos que viene a realizar en un laboratorio americano. Se dice que el «creador del Fausto sintético» llega a estas playas con el objeto de realizar sus maravillosas curas en acaudalados millonarios. Se murmura que es sólo un viaje de placer aunque dará algunas conferencias.

Llega Voronoff a estos lares en el momento en que se inicia en los Estados Unidos un movimiento de carácter biológico-social en favor del hombre de cuarenta años. La «edad media» (y no entendamos por tal lo que en estos términos define la Historia) es hoy objeto de interesantes estudios que tienden a resolver el problema de la senilidad con el objeto de encontrar sus causas fisiológicas y patológicas.

Voronoff procede con cautela.

Voronoff, maestro indiscutible en estas materias, hasta ahora nada promete en definitiva y no afirma de manera categórica que haya conseguido resolver la quimera de Fausto. Pero al estudiar sus experimentos no cabe duda que ha realizado una conquista parcial del terrorífico problema de la ancianidad. En los análisis científicos del siglo XX, Voronoff ocupa un puesto distinguido, a veces empañado por el adjetivo de «doctor de las glándulas del mono».

Sus experimentos—que consisten en principio en un trasplante (injerto subcutáneo) de las glándulas de los simios al hombre—han sido aceptados por la ciencia.

Comenzaron en el año 1898, cuando llegó a Egipto como médico del Sultán y empezó a estudiar los cambios morfológicos que acusan los eunuocos. Entonces se dió al trasplante de tejidos en varios animales, sobre todo las cabras y las ovejas, llegando a observar en estos animales casos muy interesantes, como por ejemplo, el de un carnero que por su senilidad ya había perdido los dientes, y llegó a rejuvenecer con una apariencia de un animal de ocho a diez años. La acción indiscutible de estos trasplantes glandulares, se ha hecho evidente en otros ejemplos. Recientemente Voronoff fué enviado a Argelia a estudiar glándulas. Sin embargo, Voronoff, aun siendo el arcángel que lucha contra la vejez, afirma que el hombre no puede alcanzar esas edad quimérica de los 140 años porque nuestro organismo no está construido para tales epopeyas biológicas.

Tal teoría contrasta con la de otro especialista no menos famoso en estas materias, el doctor Alejandro Bogomoletz, Director del Instituto de Biología Experimental de Kiev. Para él la vejez es sencillamente una enfermedad que en fecha no lejána la ciencia ha de vencer. Al analizar ese tema biológico que anuncia que la duración de la vida de un mamífero es de cinco a seis veces más larga que su desarrollo de embrión a adulto.

Basándose en este principio, la vida de un hom-

ENTRE 125 Y 150 AÑOS

DEBERIAMOS VIVIR



MME. VORONOFF

DR. VORONOFF

Por el Dr. Julio Cantala

Voronoff, no del todo rejuvenecido, y su bellísima esposa austriaca.

bre debiera alcanzar de 125 a 150 años, Donde parece que fuera la pérdida de agua causa de la vejez.

Para este investigador, como para otros tantos que se interesan en tales problemas, el asunto de la vejez está acondicionado por una serie de factores de clima, alimento y raza que deben ser estudiados. Así se pueden explicar esos ejemplos que abundan en una región de Rusia llamada Abkhasia en donde vive una infinidad de gente que alcanza edades superiores a 100 años. Un sujeto llamado Khapara Knut llegó a la edad de 155 años, y otro, Adleyba Mazchachava, murió hace poco en esa zona a los 150 años.

Para Bogomoletz la prolongación de nuestra vida es un problema de química que fundamentalmente radica en el contenido del agua en nuestro organismo, el cual pierde este líquido a través de los años y «al secarse», da origen a una porción de reacciones químicas que acumulan una cantidad enorme de venenos. «El agua—dice este investigador—constituye en un embrión de varias semanas el 97 por ciento de su peso total. En el niño esta cantidad desciende hasta el 70 por ciento y en el adulto no es superior al 65. «El resultado de este deshidratación humana da la razón a la teoría del doctor Mallikoff, del Montefiori Hospital de Nueva York, en cual fundamenta todos nuestros trastornos seniles en el endurecimiento de las arterias (arterioesclerosis) por el exceso de cierta sustancia que navega por la sangre y que se llama colesterol.

Naturalmente al extirpar estos factores adversos y añadir elementos nuevos con el trasplante glandular, se consigue por lo menos «un despertar primaveral»

Este proceso de la asinflación de órganos y sustancias de otros animales ha inducido a los investigadores a usar la transfusión de sangre como medio terapéutico. Y efectivamente, también se han conseguido éxitos pasajeros que aunque no han sido tan definitivos como los glandulares han

abierto un nuevo camino a la experimentación. Científicamente, al analizar las causas que impiden la prolongación de la vida humana en los tiempos actuales, se señalan los siguientes factores, malnutrición, es decir, tanto la falta como el exceso de alimento; frío, humedad, cambios bruscos de clima, habitaciones poco soleadas y aireadas, pobreza, fatiga orgánica y moral y en general todos los elementos cuya acción desvitalizan al organismo.

La operación de Steinach.

Para los hombres que ya han pasado del medio siglo y sueñan con una «rehabilitación» orgánica aunque de carácter pasajero, está la famosa operación de Steinach, que por su sencillez ha llenado al mundo de «Steinachistas».

Figurémosnos la simple ligadura de un cordón que por su situación anatómica no requiere una intervención quirúrgica profunda. Al ligar esta cuerda, las glándulas masculinas sufren una especie de «desequilibrio» cuyo resultado es la disminución de la secreción externa y un aumento en la secreción interna que va a la sangre y ésta se carga de ciertas «hormonas».

El final es casi siempre satisfactorio, aunque pasajero. Por todo el organismo empiezan a circular las citadas «hormonas» en grandes cantidades, ocasionando la desaparición de las arrugas de la cara; esas canas que son martirio de los cincuentones ante el espejo cesan de aparecer; la vida del organismo despierta... parece que la primavera ha llegado, «injetándose» en el ciclo otoñal de esa «edad media»...

Si a estos factores «internos», se pudieran añadir los otros factores «externos», como los que emplea Voronoff, el sueño de Ponce de León, sería realizable. En otras palabras, «hormonas» de nuestras glándulas, más «hormonas» de las de ciertos animales, podrán conseguir que el hombre llegue a los 140... Y en ese caso, los que padecen de «esa enfermedad que se llama el tener medio siglo» se colocarán casi en la edad de la adolescencia...



La Cruz Roja británica, está siempre en primera línea. Sus miembros hacen de «nurses» en los cursos contra gases. (Al lado): Mujeres miembros de una ambulancia



La parte femenina en la defensa pasiva de INGLATERRA

El trabajo de los servicios voluntarios de la mujer

por **RICHARD FARQUHARD**

DESDE que el arte de la guerra se ha llevado a las puertas mismas del ciudadano, son los ciudadanos, así como los soldados los que tendrán que tomar medidas para la defensa. En esta defensa hay miles de importantes labores, que las mujeres pueden realizar así como, o mejor que los hombres. Por esta razón las mujeres han sido organizadas para jugar su papel en la defensa pasiva de la Gran Bretaña. Ni tampoco han sido lentas en venir voluntariamente en ayuda. 284.000 mujeres se han inscrito ya, en uno u otro de los Servicios Voluntarios de la Mujer.

Cada uno de los tres servicios de lucha, tiene a sí anexo un cuerpo de mujeres territoriales, para realizar tales deberes como cocinar, trabajo general de casa, oficina y trabajo de asistencia médica.

Este artículo, sin embargo, no cubre el trabajo de estas mujeres, que actuarán con las fuerzas de lucha. El Servicio Voluntario de la Mujer para la Defensa Civil, que se empezó hace un año, es el Cuerpo que organiza y entrena a todas las mujeres que desean tomar parte en la defensa pasiva de la Gran Bretaña. Es con este aspecto del servicio nacional de la mujer, que este artículo trata.

Además del Cuartel General del Servicio Voluntario de la Mujer en Londres, hay 800 sucursales establecidas en ciudades y aldeas por todas las Islas Británicas. Estas sucursales locales hacen propaganda y entrenan nuevos reclutas, y son generalmente responsables de la organización, y si fuera necesario, de la operación de los esquemas locales de defensa. El campo completo de la defensa pasiva, tal como está abierto a las mujeres, puede ser subdividido en cuatro principales categorías de trabajo: precauciones contra los ataques aéreos, que toma el 41 por ciento del reclutamiento; servicios de hospital, que toma el 20 por ciento; el 31 por ciento para la evacuación; y el 8 por ciento para el transporte, un servicio vital que une estrechamente a todos los otros.

Cuando la mujer se une al Servicio Voluntario de Mujeres, es entrenada en el trabajo de una u otra de estas cuatro categorías, según sea idónea por cualquiera experiencia que ya posea, o cualquiera preferencia particular que ella pueda optar. Así, por ejemplo, el Servicio Auxiliar de Camilleras, está sólo abierto a las mujeres que posean experiencia de conducir vehículos. Las ambulancias, naturalmente, son más difíciles de manejar que los comunes coches particulares, y se requiere una buena práctica de conducir autos.

Entre otras experiencias difíciles nuevas, se requiere que las mujeres voluntarias, sean capaces de conducir, mientras llevan puesto el respirador de servicio, el conducir de noche bajo circunstancias de «black-out», y tener suficiente experiencia de cuidado de enfermos y trabajo de asistencia médica, a fin de poder asistir al Cuerpo Médico con las víctimas del ataque aéreo. Las conductoras de ambulancia deben tener también un buen conocimiento de la ciudad o pueblo donde están trabajando. Tienen que sacar las ambulancias para visitas de práctica, de vez en cuando, a fin de mejorar este conocimiento.

Las mujeres que poseen coches, están siendo inscritas, para llevar pacientes que están suficientemente capacitados, para ser trasladados desde los hospitales centrales a sus casas, o a distritos fuera del casco de la ciudad. Muchas mujeres serán también requeridas para fines generales de transporte—conducir camiones y camionetas, etc.

Las mujeres entre la edad de 18 y 55 años son elegibles para entrenamiento en los servicios de hospital. Son instruidas primero en los principios de Ayuda Primera y en Cuidado de Enfermos, y cuando estos cursos se han completado, tienen que pasar al menos cincuenta horas de experiencia clínica, en un hospital local. También es muy importante la ordinaria rutina general de hospital que aprenden. Aprenden a lavar pacientes, guardar cartas de temperatura, poner vendajes a heridas simples y otros deberes similares de cui-

dado de enfermos, cuya eficiencia y rápida realización sería vital en las circunstancias de guerra. La capacidad de estas enfermeras auxiliares para llevar a cabo los deberes más simples de la enfermera altamente entrenada, dejaría libres a estas últimas para realizar trabajos más difíciles y delicados de enfermería.

En cualquiera guerra futura, pocos trabajadores de defensa pasiva, tendrán un papel más importante e importante como el intendente de defensa pasiva. Muchos de ellos serán mujeres. El entrenamiento que reciben es sumamente completo, incluyendo entrenamiento contra los gases, cursos en Primera Ayuda, entrenamiento especializado contra la extinción de incendios, conocimiento completo de la geografía de su localidad, no sólo en cuanto al Depósito más próximo de Primera Ayuda, estaciones de incendios, refugios, etc. sino también las centrales de gas, agua y electricidad, de manera que cualquier daño a éstas, pueda ser avisado inmediatamente. Es el intendente de la defensa pasiva el que avisará a los habitantes de la localidad sobre la presencia de gas, por medio de señales sonoras, y el que dará la señal de «Sin novedad» con silbatos.

Las mujeres, naturalmente, juegan un papel predominante en los esquemas de evacuación. Miles de ellas han ofrecido sus servicios voluntarios para escoltar los cuatro millones de niños, ancianos e inválidos que se evacuarán inmediatamente, de las zonas de peligro de la Gran Bretaña, desde el principio mismo de la guerra. Y en el campo, las mujeres están colaborando con sus autoridades locales, planeando la recepción, la recogida y la alimentación de los evacuados. Los salones públicos de aldea, están siendo convertidos en cantinas, y las casas de campo, lo están siendo en pequeños hospitales de aislamiento. A fin de estar preparadas para enfrentar el vasto influjo de niños en el campo, muchas mujeres están tomando cursos en el cuidado de niños, médico y doméstico, así como en cocina.

El papel que se espera de la mujer en caso de guerra, será por la primera vez en la historia, de importancia considerable, y la Gran Bretaña se enorgullece de la manera en que sus mujeres están respondiendo a las necesidades de la nación.



La argumentación de los abogados defensores en casos de eutanasia plantea un problema difícil.

EL PROBLEMA DE LA MUERTE PIADOSA

NUEVAMENTE LA EUTANASIA SE TRANSFORMA EN TEMA DE APASIONANTE DISCUSION, A RAIZ DEL FALLO RECAIDO SOBRE UN HOMBRE QUE HABIA MATADO A SU HIJO TARADO.

por HORACE K. TURNER

NO hay duda de que la Feria Mundial, levantada en los antiguos terrenos del Flushing Meadow Park, ha concentrado, del otro lado del East River, buena parte del interés público y de los comentarios que de ordinario nacen y mueren en esta otra parte más luminosa de Nueva York, que está simbolizada por Manhattan y Broadway. La ciudad ha vivido durante un mes pendiente de cuanto se vinculara al resplandeciente jardín de ensueños que sobre la bahía Flushing semeja ser la Feria. Pero, cumplido ese mes, la expectativa pública ha vuelto al cauce normal entregándose nuevamente al apasionado comentario de todas esas cosas, heterogéneas siempre, que resumen la vida de seis millones de habitantes. Y una de las primeras cosas en merecer la atención general, más aún, en conmoverla hondamente, ha sido la tragedia poco común que tuvo por protagonista a un hombre que en esta ciudad llegó a tener, no hace muchos años, una envidiable posición económica. Se trata del drama de Luis Greenfield. Este drama de Luis Greenfield puede decirse que se originó hace ya dieciséis años, y, precisamente, en el momento de nacer su hijo. Lejos de ser el complemento indispensable de la felicidad conyugal, como son siempre los hijos, el pequeño, en este caso, significó para el matrimonio una verdadera cruz pues, inmediatamente de nacer, el desgraciado padre supo que su hijo era enfermo y que, difícilmente, podría llegar a ser un individuo normal.

UN HIJO TARADO

Durante mucho tiempo—años y años, en realidad—, Greenfield se empeñó en luchar contra el destino, buscando en los hombres de ciencia una palabra de consuelo y una esperanza para la curación de su hijo. Fué un largo vía crucis, en el que el desesperado padre invirtió casi toda su fortuna. Visitas a médicos extranjeros, tratamientos en clínicas costosas, todo lo intentó sin éxito. Peor aún. A medida que el niño crecía, su enfermedad empeoraba y, finalmente, a principios de este año supo Greenfield que su hijo era idiota, sin esperanzas de reacción posible, por cuanto los psicopatas que lo examinaron entonces asignaban al enfermo una edad mental de dos años. Desde el momento en que el padre conoció la verdad, encurrida por ese terrible diagnóstico, su vida se transformó en un verdadero suplicio que últimamente fué agravado más por la enfermedad de su esposa.

En los límites de la desesperación, el pobre hombre acudió, entonces, a la espantosa solución...

EUTANASIA

Luis Greenfield, cloroformó a su tarado hijo, que ya había cumplido 16 años, y luego le dió muerte de un balazo en el corazón. Ello ocurrió en el mes de febrero último y, en los primeros momentos, el caso apareció con las proyecciones de un crimen feroz. Todavía hoy podemos recordar que en los títulos de algunos diarios se hablaba del «hombre fiera que mata a su propio hijo». Más tarde, cuando los antecedentes se conocieron, mucho cambiaron las cosas, y tanto, como que ahora

un jurado compuesto por hombres y mujeres casados, absolviera al inculcado, que había preferido eliminar a su hijo antes que verlo sufrir su angustiosa enfermedad.

Con este suceso, nuevamente se ha colocado en primer plano de discusión uno de los temas más humanos y más impresionantes de los tiempos modernos. Precisamente el fallo recaído sobre Greenfield es una especie de opinión de la justicia de Estados Unidos acerca de la eutanasia, y esa opinión defiende o acepta, por lo menos, la muerte cuando es provocada por piedad, en ciertas y determinadas circunstancias.

Precisamente, a raíz de este resultado se recuerda que la justicia francesa ha tenido ya sanciones similares, citándose como la más famosa aquella en que fué protagonista un poeta ruso devorado por el cáncer. Espantado por la agonía que le aguardaba, y sin valor para suicidarse, pidió a una amiga que le quitara la vida. Así lo hizo ella, y luego un jurado la absolvió. Pero esas son cosas que sólo suceden en Francia...

«EL CASO FOURMENTIN»

Al hablar de este discutido asunto que es la eutanasia y citar los procedimientos que al respecto se historian en la justicia francesa, es imposible omitir el relato del sensacional caso de Luis Fourmentin, que hace 10 años conmovió a la opinión pública europea, provocando luego un proceso apasionante.

Hay que comenzar aclarando que Fourmentin era un prestigioso hombre de negocios radicado en Rouen, donde gozaba de amplio crédito social y económico. Solía hacer frecuentes viajes a París, por cuestiones comerciales, y su vida de viajero en la capital era tan conocida como la que llevaba en su ciudad de residencia.

En octubre de 1929, hizo Fourmentin uno de sus viajes habituales, pero una vez, en París, luego de un primer día entregado a las ocupaciones corrientes, desapareció en forma misteriosa. Su desaparición no pudo menos de ser notada, precisamente por la importancia de los asuntos que lo habían llevado a la capital, y así fué que inmediatamente la policía se puso en campaña para dar con su paradero. Como llevaba siempre consigo fuertes sumas de dinero se temía que pudiera haber sido víctima de un atentado, y esos temores



Greenfield en la época de su boda, cuando formó el hogar, en el seno del cual, 17 años más tarde, habría de desarrollarse un terrible drama.

DUrante siete siglos, la dinastía de los Habsburgo fué dueña de un vasto territorio, poblado por varios pueblos que ni siquiera pudieron entenderse unos con otros, por no tener un idioma común: hubo entre ellos alemanes, serbios, polacos, rutenos, eslovacos, italianos, húngaros, rumanos. Para imponer su voluntad a todos estos pueblos era preciso servirse de la fuerza.

Los soberanos tenían suficientes razones para temer levantamientos por parte de sus súbditos y ponían mucho celo en transformar sus casas en fortalezas, capaces de resistir a los asaltos de los sublevados.

Una de tales fortalezas, el llamado Burg, se halla en el centro mismo de Viena.

Era durante siete siglos la residencia predilecta de los Habsburgo.

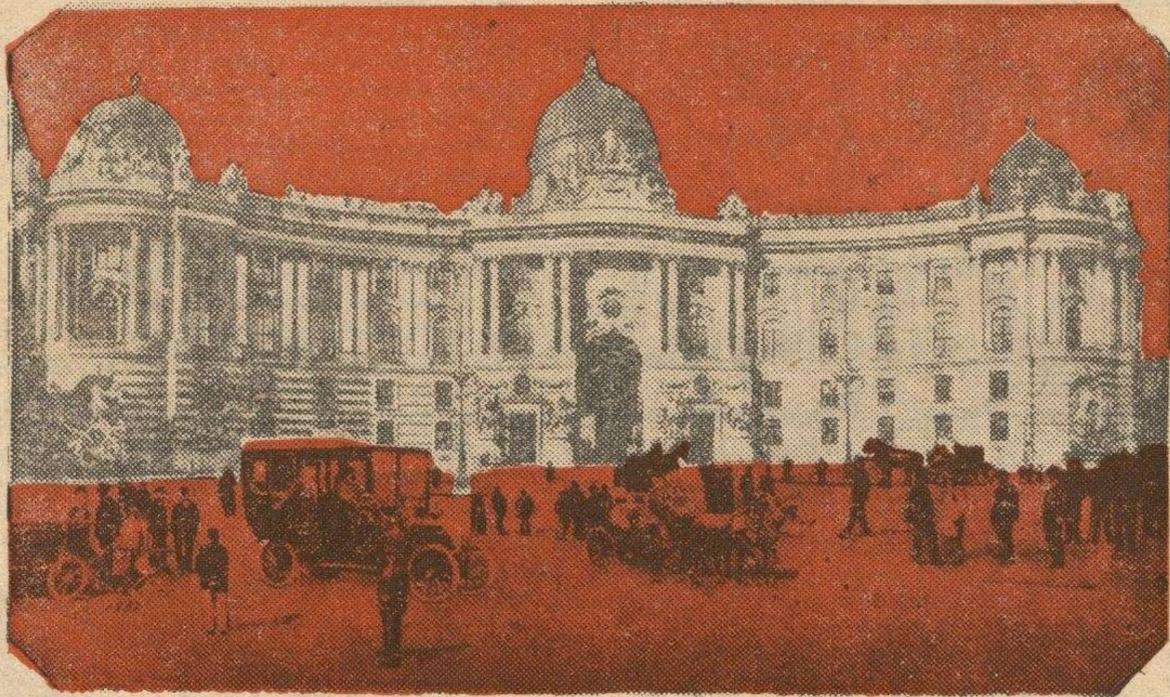
Hoy día, un sencillo mortal puede visitar este palacio, hacer paseos por las suntuosas salas y habitaciones, examinar el rico mobiliario, los cuadros y tapices, la preciosa vajilla de oro y plata, la porcelana de Sévres y Meissen, las alhajas de las reinas y las numerosas preciosidades chinas y japonesas; puede admirar la riquísima ropa blanca de los Habsburgo, las magníficas cortinas y manteles con encajes de Bruselas y Brabante, y beber en la antigua bodega imperial un vaso del célebre

Los TESOROS de los HABSBURGOS

Entre ellos, un Palacio que tiene más de mil doscientas habitaciones

por
N. TASSIN

ooo



La entrada al viejo Burg, el enorme palacio vienés hoy dedicado a viviendas populares.

vino de Tokay, pagando el precio que tuviera que pagar en no importa qué otra taberna.

Tempora mutantur...

También nosotros vamos a darnos un paseo al través del palacio Burg, así como de algunos otros palacios. Me permito ofrecer a las lectoras y lectores de DIARIO DE LA MARINA mis servicios en calidad de guía.

cobraron más y más cuerpo cuando habían transcurrido ya cuatro días de su extraña desaparición.

UNA MUJER MUERTA

La realidad había sido, sin embargo, muy diferente y cuando se produjo su reaparición, la personalidad de Fourmentin adquirió, repentinamente, relieves sensacionales. La cosa ocurrió en el lugar y en la forma más inesperada que se pueda dar.

Fué ello a los cinco días de haber desaparecido. En una comisaría de barrio se presentó un individuo que parecía estar aún bajo los efectos del alcohol, con sus ropas en desorden y el rostro descompuesto, que, apenas se encontró frente a un oficial, comenzó a gritar:

—La he estrangulado... La he estrangulado...

Con la sorpresa consiguiente se estableció, unos minutos más tarde, que aquel individuo era el propio Fourmentin en persona, aun cuando su aspecto y su actitud nada de común tuvieran con el caballero comerciante de Rouen, a quien la policía suponía víctima de un crimen.

Costó bastante trabajo lograr que sus palabras tuvieran mayor coherencia y aclarase el sentido de

El Burg es uno de los mayores palacios del mundo, tal vez el mayor. Cuenta no menos de mil doscientas habitaciones, salas, salones, despachos. En tiempos pacíficos, por así decirlo, hubo en el palacio hasta unos dos mil habitantes, entre la familia imperial, los cercanos y lejanos parientes de los Habsburgo, los funcionarios del ministerio de la corte, la servidumbre y la guardia, que con-

su impresionante estribillo, pero ello se logró al fin, obteniéndose la dirección de un hotelucho de segundo orden. Al llegar allí la policía descubrió en una habitación, el cadáver de una mujer joven que había sido estrangulada. Se trataba de Madelon Boisseau, bailarina de un establecimiento de la plaza Pigall, que hacía cinco días había desaparecido también en forma misteriosa.

LA TRAGICA AVENTURA

Hubo que efectuar un minucioso trabajo de reconstrucción para saber lo ocurrido entre Madelón y Fourmentin, porque este último, a raíz de su estado de excitación, poco podía aclarar de su trágica aventura. Por último, se supo que los dos se habían conocido en el establecimiento donde ella trabajaba y que juntos habían partido de allí, estableciéndose que se albergaron de inmediato en el hotel donde la joven fué hallada muerta. Poco después el propio Fourmentin, serenado ya, dió una extraña e impresionante explicación de su crimen. Madelón se hallaba gravemente enferma y los médicos le habían dado pocos meses de vida. Ella

sistía en unos seiscientos oficiales y soldados. Hay también que tener en cuenta la orquesta y el coro de la corte, ambos muy numerosos.

En días de fiesta, la población del Burg ascendía a unas cinco mil personas. En los llamados «grandes bailes», el número de los invitados llegaba a tres mil. En estas ocasiones solemnes, la servidumbre ordinaria del Burg, que bajo el último emperador había contado quinientas cincuenta y tres personas (entre ellas ochenta y siete lacayos) no bastaba.

La cocina tenía mucho que hacer. En días de grandes recepciones, su personal contaba no menos de doscientas personas. ¡Era preciso preparar la comida, a veces, para setecientos y ochocientos invitados! Cuando había bailes en el palacio, los invitados no eran obsequiados con comidas calientes, sino sólo con meriendas. Además, cada invitado recibía un paquete de dulces. El lector puede imaginarse qué trabajo costaba preparar la merienda y los paquetes con dulces, ¡a veces para tres mil personas!

También la confitería del Burg tenía un numeroso personal (en «días de guerra», o sea de grandes recepciones, solían trabajar en ella de ochenta a noventa personas).

Un capítulo especial merece la bodega del Burg. Había en ella vinos procedentes de todas las regiones del Mundo: de Dalmacia, Galitzia, Servia, Tirol y otras provincias del Imperio austro-húngaro, del Cáucaso y Crimea, del sur de España (Jerez y Málaga), de Sicilia y Grecia, de Francia y Escocia.

Después de la revolución de 1918, que tuvo por consecuencia la caída de la monarquía austro-húngara y la proclamación de la República, se encontraron en la bodega del Burg:

32.000 botellas del célebre vino húngaro Tokay, 400 hectolitros del mismo vino en toneles, 376 ídem de otros vinos húngaros, 29.000 botellas de vinos del Rhin, 1.140 ídem id. del Mosela, 4.120 ídem id. de Burdeos, 350 ídem id. de Burgundia, 2.439 de champaña francés, 5.455 ídem de otra procedencia, 2.320 ídem de uva, 1210 ídem de coñac y 4.960 ídem de varios licores.

Una comisión de peritos evaluó el contenido de la bodega en dos millones doscientas cincuenta mil coronas oro.

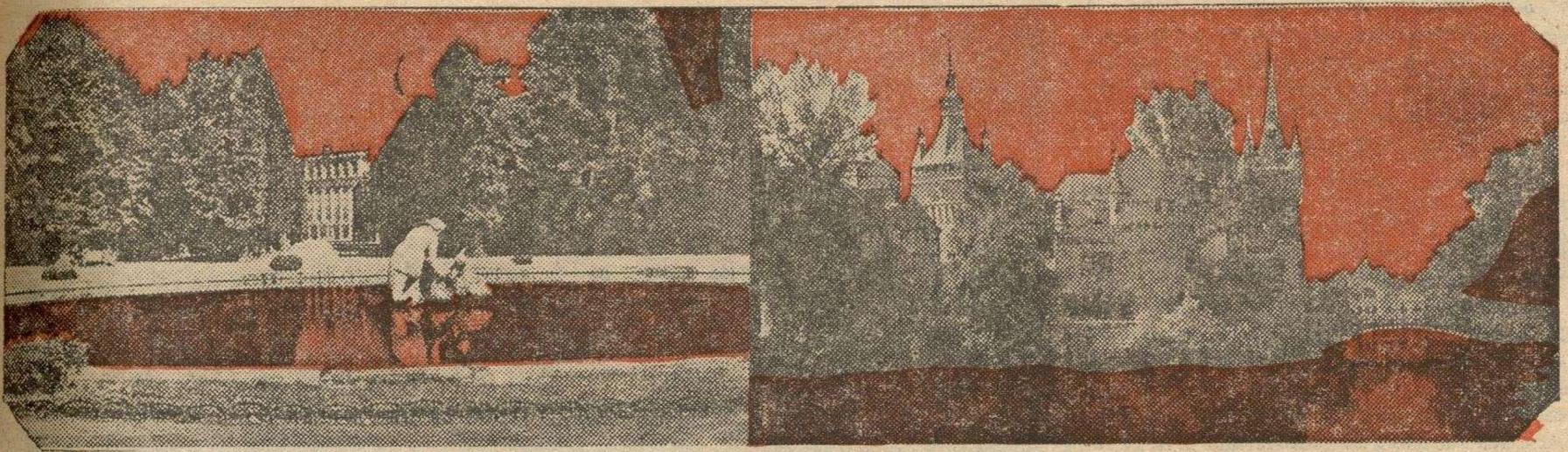
Sería demasiado largo enumerar todas las rique-

estaba desesperada y le había propuesto a él que le quitara la vida.

En el primer momento esta explicación absurda y fantástica, pero de inmediato trabajaron en sus detalles los abogados del comerciante y lograron establecer antecedentes que luego comprobó la policía. Se supo así que, efectivamente, la joven Madelón Boisseau se hallaba enferma y se supo también, por varias amigas suyas, que en más de una ocasión había afirmado que deseaba morir, «pero no tenía valor para quitarse la vida».

El propio acusado confesó luego que había tenido que embriagarse para reunir valor y estrangular a Madelón, y esto, unido a su pasado irremprochable y al hecho de que se presentara a la justicia apenas comenzó a reaccionar de los efectos del alcohol, le valieron la absolución.

No es este el caso corriente de eutanasia, como no lo es tampoco el de Greenfield, prolongado por una angustiosa expectativa de 16 años, pero cualquiera de los dos sirve para poner sobre el tapete el asunto más discutido y menos aclarado de los que pueden preocupar a la justicia de los hombres.



Los bellos jardines y (al fondo), un ángulo del palacio de Schonbrunn. Al lado el parque de la isla Margarita.

del Burg. Digamos tan solo que en noviembre de 1918, es decir, después de la abdicación de Carlos Habsburgo, existían en el palacio no menos de sesenta y cinco mil prendas de ropa blanca entre manteles, cortinas, cubiertas, servilletas y ropa blanca personal, a veces de calidad admirable. Así, entre la ropa blanca de la emperatriz Isabel (asesinada en 1898 en Ginebra), hay objetos que valen docenas de miles de coronas.

Después del Burg, el palacio de Schonbrunn representaba un gran papel en la vida de los Habsburgo.

Se halla en la periferia misma de Viena, de modo que los vieneses pueden ir allí en tranvía. Mientras el Burg está situado en el corazón mismo de la capital, Schonbrunn puede considerarse como una casa de campo fuera del ruido y de la pólvora urbana. Es un rincón romántico, rodeado de campos y praderas verdes.

Era la residencia estival predilecta de los Habsburgo. No puede rivalizar con el Burg en las dimensiones, pero también es un palacio con centenares de salas, despachos y habitaciones. También en Schonbrunn hubo grandes recepciones y bailes de gala con miles de invitados.

Este palacio gustaba a Francisco José mucho más que el Burg, de modo que con frecuencia residía en él también en el invierno. En Schonbrunn solía recibir las visitas de altos huéspedes; soberanos, herederos del trono, archiduques y miembros de las casas reinantes extranjeras.

Las comidas en honor de tales huéspedes constituían, a veces, un motivo de preocupación diplomática. Era preciso saber los gustos y las costumbres de tal o cual majestad, que iba con su visita a los Habsburgo: ¿le gustaba el pollo asado o el faisán? Para resolver estos problemas, el ministro de la corte tenía, a veces, que dirigirse al ministro de Estado, quien, a su vez, se dirigía con mucha discreción al embajador correspondiente, el cual, también muy discretamente, se informaba de los gustos y de las costumbres de la majestad en cuestión.

Para los niños—y no sólo para niños—Schonbrunn tiene una gran fuerza de atracción, merced a su célebre casa de fieras. Antes de la Gran Guerra, contenía cerca de tres mil ejemplares del reino animal, entre ellos más de mil fieras. Durante los terribles años de la Guerra, cuando aún la gente sufría hambre, muchos animales de Schonbrunn perecieron: quedaron con vida tan sólo unos cuatrocientos. Ahora, la casa de fieras de Schonbrunn está de nuevo poblada como en los años de antes de la Guerra.

o o o

Entre los palacios de Viena se distingue también el llamado Belvedere, construido en la primera mitad del siglo XVIII por el archiduque Eugenio de Saboya. Es un vasto edificio de estilo Rococó, con grandes estanques y piscinas, majestuosas escaleras decoradas de estatuas y un parque. También en el Belvedere se dieron grandes fiestas.

En este palacio se pueden admirar los muebles de la época de Eugenio de Saboya, su biblioteca, sus armas, sus colecciones de objetos de arte.

El palacio Schwarzenberg, en el centro mismo de la capital, es una construcción relativamente nueva, de estilo mezclado, hasta con un portal mauritano. Ante el palacio se hallan las célebres fuentes, imitación de las de Versalles.

El palacio Augarten es una especie de casa de campo, en la cual solían veranear algunos miembros de la familia imperial. Allí, la vida era muy tranquila: no había bailes ni recepciones. Durante la Gran Guerra, una parte de este palacio fue transformada en un hospital para los oficiales y soldados heridos.

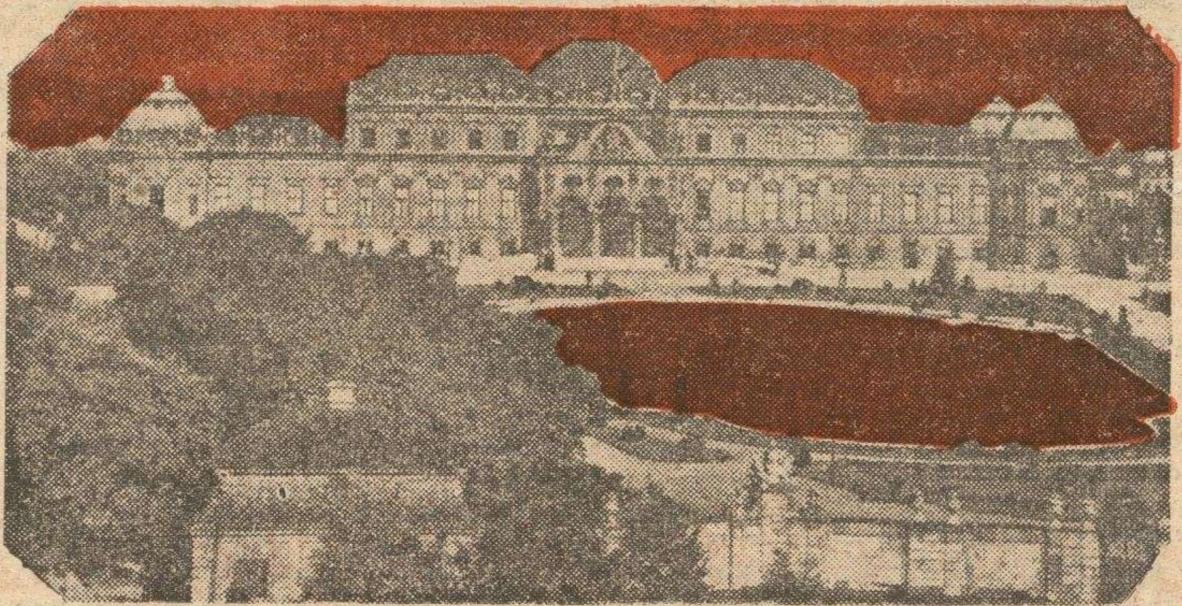
Fuera de Viena goza de gran renombre el palacio de Laxenburg, situado a unos quince kilómetros de la capital. Servía de residencia estival a varios soberanos de Austria-Hungría. Es una construcción sencilla, sin pretensiones algunas, pero rodeada de vastas praderas, con numerosos estan-

narios del palacio, de los oficiales de la guardia imperial, de los jefes de la cocina, de la confitería, de la orquesta, del coro, etc., están hoy habitados por comerciantes, industriales, médicos, abogados, maestros de escuela, artistas, pintores. En total, hay en el Burg cerca de cuatrocientos pisos alquilados.

Además, en este palacio se hallan hoy día las oficinas de varias entidades.

Hoy día, el Burg es una pequeña ciudad más poblada que bajo los Habsburgo; su población se aproxima a unos tres mil quinientos habitantes.

En el palacio Schonbrunn se ha instalado una escuela de horticultura, algunas dependencias del Ministerio de Instrucción Pública, organizaciones pedagógicas del Ayuntamiento de Viena; pero el atractivo principal lo constituye la casa de fieras. En el vasto patio de Schonbrunn se verifican con



El Belvedere, construido en la primera mitad del siglo XVIII por el archiduque Eugenio de Saboya.

ques y lagos. El hijo de Francisco José, heredero del trono, Rodolfo, cuyo fin trágico, en 1889, al lado de su amada María Vetsera, constituye un enigma hasta nuestros días, quería mucho el palacio de Laxenburg, y con frecuencia pasaba aquí el verano; tan sólo más tarde adquirió una modesta casa de campo en Mayerling (también en las cercanías de Viena), en la cual veraneó en los últimos años de su vida.

o o o

Todos estos palacios constituyen la herencia de los Habsburgo.

La bodega está abierta al público. Una parte de los vinos caros han sido vendidos en subasta, lo que proporcionó una cantidad, no del todo menospreciable, de más de seiscientos cincuenta mil coronas oro.

Una buena fuente de ingresos la constituyen también los numerosos visitantes del Burg. Hay todo un cuerpo de guías que muestran al público los tesoros de los Habsburgo. Mientras las salas y demás habitaciones de la familia imperial conservan su carácter anterior y sirven tan sólo de museo histórico, el resto del vasto palacio está explotado para viviendas. Los pisos de los antiguos funcio-

nes y lagos. El hijo de Francisco José, heredero del trono, Rodolfo, cuyo fin trágico, en 1889, al lado de su amada María Vetsera, constituye un enigma hasta nuestros días, quería mucho el palacio de Laxenburg, y con frecuencia pasaba aquí el verano; tan sólo más tarde adquirió una modesta casa de campo en Mayerling (también en las cercanías de Viena), en la cual veraneó en los últimos años de su vida.

frecuencia grandes manifestaciones políticas. En el Belvedere todo continúa como hace unos doscientos años. En estas últimas semanas fue organizada en sus salas una exposición conmemorativa de la guerra con los turcos que hace unos doscientos cincuenta años se apoderaron de Viena.

También los palacios Schwarzenberg y Augarten quedan vacíos y sirven como museos de la Antigüedad. En cambio, el palacio Laxenburg está, en parte, utilizado por varias entidades y organizaciones sociales y benéficas. En Laxenburg se halla también la célebre escuela de bailes, llamada Escuela Halleran, que provee de bailarinas a la Opera Nacional de Viena y a algunos otros teatros.

Laxenburg es un lugar predilecto de excursiones para la población de Viena. Sus bosques recuerdan el famoso Bois de Boulogne, en las cercanías de París; sus lagos y estanques se prestan para la natación y otros deportes. Tales son los palacios de los Habsburgo.

Austria los ha heredado del vasto imperio austro-húngaro. Malas lenguas dicen que estos palacios le sientan lo mismo que un monóculo a un mendigo. No es justo: Austria es un país tan hermoso que todo le sienta maravillosamente...

El clásico apache parisino, substituído por el gangster de Nueva York.—Bandas rivales se ensazan los dientes en el corazón de Montmartre.—Cómo actúa la inflexible ley del hampa.—Un duelo a muerte digno de ser imaginado por Guy de Maupassant.

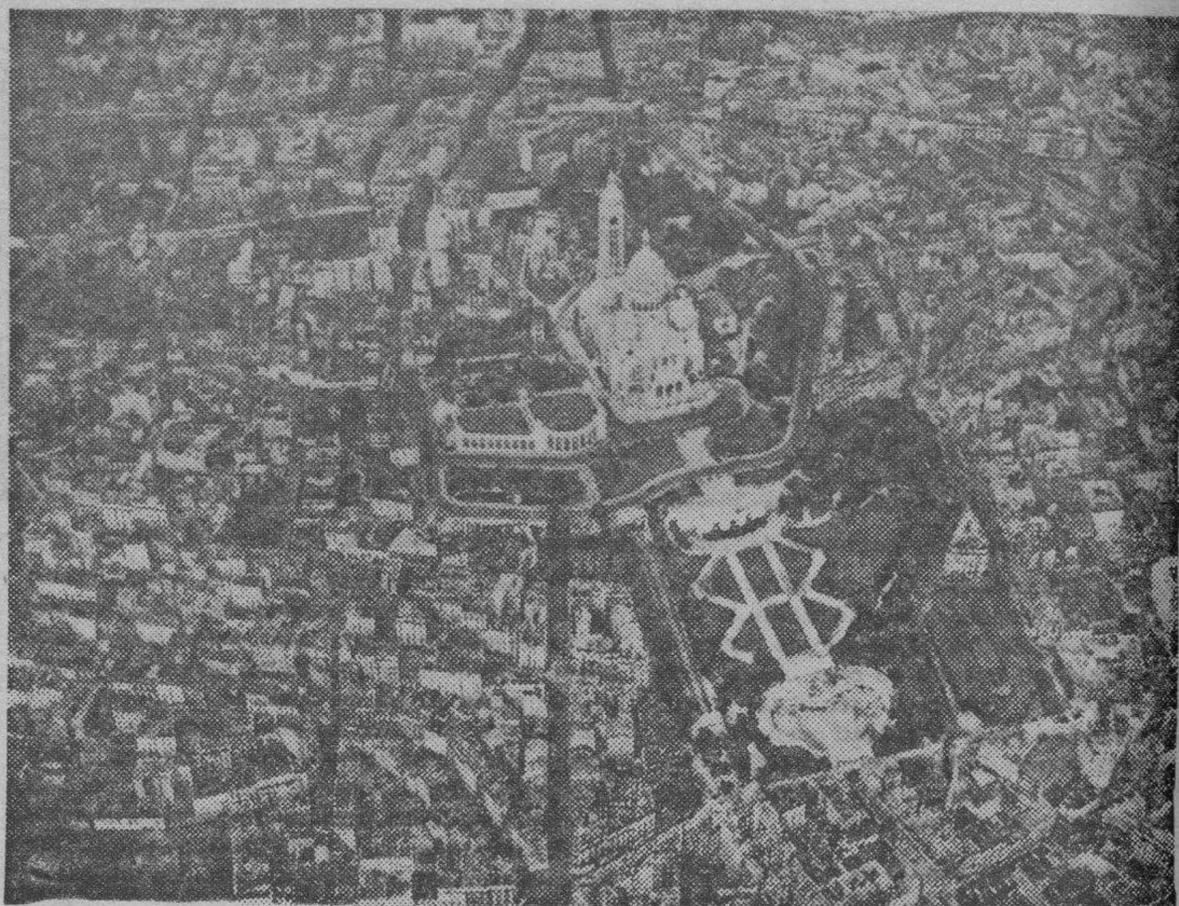
EN el reluciente París de los monóculos nítidos y de las mujeres de seda, el hampa levanta su trono. Toda clase de violaciones al Código Penal se planean sobre sus asfaltadas avenidas y los burilados mármoles de las acogedoras mesitas de sus cafés. Montmartre es uno de los centros donde el pulpo del «milieu» adentra sus tentáculos más intensamente. Entre la baraúnda de su cascabelera vida nocturna, este reinado pasa casi inadvertido para el forastero que no tiene tiempo de fijar su atención en otra cosa que no sea la marejada de sensualismo que se agita en sus cabarets. Pero los malandrines aumentan confundidos en el mundo cosmopolita de la colina del pecado.

¿Qué hay de los famosos y novelados apaches de Montmartre? Aunque no se les vea, no son un mito ni tampoco una leyenda. Muchos turistas que pasan en París una agitada semana, me declaran antes de marcharse su amarga decepción por no haber topado con los célebres apaches de París... Y es que el apache que bulle en las mentes de todos no existe en la realidad. El hombre de gorra calada, de pitillo clavado en la comisura de los labios, de rojo pañuelo anudado al cuello y caminando como un barco en alta mar, no aparece aunque se le busque con la linterna de Diógenes. Como tampoco podría lograrse la presencia de su compañera de falda negra y ceñida, presta, en cualquier contingencia, a sacar la navaja que enlunda en la liga. Este señor y esta señorita que por muchos años caracterizaron al París aventurero murieron con las novelas de Ponson du Terrail, de Eugenio Sué, con las crónicas del siglo pasado y con las últimas melodías de «Las Musas Latinas». El apache de París viste hoy a la moda de Londres, usa camisa de seda, fuma en boquilla y maneja su automóvil. Es el tipo del «gangster» americano que sabe sonreír al mismo tiempo que dispara su «browmíng».

En algunos hodegones de los meandros netamente cabareteros, todavía se explota el «camouflage» del típico apache. Al turista que viaja en racimo, confortablemente instalado en un ómnibus, bajo los dictados gangosos de un guía monorrítmico, que se lanza a la conquista del «París de noche», se le conduce a los pseudos-cabarets de los apaches de antaño. La ilusión—hay que reconocerlo así—es perfecta. En el ambiente cargado se filtra con dificultad una luz mortecina. A sus resplandores las caras patibularias bajo las gorras mugrientas, miran con codicia las pedrerías de los escotes. Las mujeres se excitan. Las inglesitas, temblorosas, apuran sus «whiskys», mientras se arrebujan, arrugándolas, en las pecheras de sus caballeros. Y no saben que aquellos individuos ganan veinte francos por prestarse a completar la farsa.

Sin embargo, el hampa de París no es únicamente ficción. Hay tres centros importantes en que campean las escuadrillas. Montmartre es, desde luego, el principal de ellos. La trilogía se completa con el barrio de La Villette y el de Montparnasse. En estos puntos hallamos a la aristocracia del hampa. Léase la palabra aristocracia en el sentido de selección. El Barrio Latino, los Grandes Bulevares, la Plaza y Avenida de Ternes, especialmente en su primer tramo próximo al Arco de la Estrella, son también reductos de relieve de los enemigos de la ley. La policía francesa, admirablemente organizada, lucha sin descanso para extirpar este cáncer que, como su compadre en el campo de la Medicina, resulta incurable.

Los esfuerzos de la «Sureté» no son suficientes. Y conste que el sistema de control individual que se practica en Francia sólo merece elogios. Aun-



Un aspecto aéreo del Montmartre, la barriada parisina que es, sin disputa, el lugar más destacado de reunión de los «bajos fondos».

Los Bajos Fondos de PARIS

por Renato Villaverde

que en Francia se goza de una libertad que parece ilimitada, el servicio de vigilancia no abandona a ninguno de los que viven en el territorio. Toda persona—nacional o extranjera—tiene que tener su Carta de Identidad perfectamente en regla. Los «papeles» hay que llevarlos siempre encima y a disposición de cualquier agente de la autoridad que tenga el capricho de examinarlos. Si por un olvido los hemos dejado en casa o ha pasado el plazo de la renovación sin haberla practicado, podemos estar seguros de que, además de pagar una multa, pasaremos una noche sobre los duros bancos de la Estación de Policía. Cuando se cometen estas faltas, no hay arreglo posible. Y los policías franceses no entienden de «coba»...

Hay también la obligación—tanto del inquilino como del casero—de reportar a la policía del barrio la fecha, nombre, ocupación y demás generales de los huéspedes que llegan y se van. En Francia, pues, se sabe donde vive cada uno.

Pero la «loi du milieu», de profunda solidaridad y arraigo, hace estrellarse los mejores esfuerzos de la policía. A veces, los guardadores del orden llevan a cabo intensas batidas que se conocen con el nombre de «rafles». En ellas, por sorpresa, caen muchos bandidos importantes. Los gendarmes actúan en forma pintoresca. Llegan en grupos nutridos a los cafés y establecimientos públicos sospechosos, y revólver en mano detienen a todos los ocupantes. Cuando se organizan estas batidas no son menos de cinco o seis centenares las personas que desfilan por las estaciones de policía. Siempre se logran interesantes capturas, aunque tienen el inconveniente de las reclamaciones que surgen por parte de los ciudadanos honorables que han sido detenidos sin razón. Por eso las «rafles» no se organizan sino de tarde en tarde y cuando las

aguas del pantano han sido intensamente removidas.

La organización de las bandas de malhechores es espléndida. No tenemos más que recordar el célebre caso de Stavisky y toda la inmundicia que en él se puso a flote. Como con los «gangsters» americanos, los hilos de la malla llegan hasta altos personajes, y nombres honorables, de la noche a la mañana, ruedan sobre el fango. Unos por codicia y otros por terror ingresan en las cuadrillas. La policía, pues, tiene que luchar contra una muralla china...

Existen, además, los odios entre los criminales, nacidos de la competencia. Como en Nueva York y en Chicago, los radios de acción están delimitados. Cada grupo ejerce su control sobre un número de barrios determinados. A veces, las fronteras son violadas y entonces surge la guerra entre ellos. Guerra a muerte, en que se sabe quiénes son los asesinos, pero que es imposible condenarlos por falta de pruebas. La «ley del hampa» no permite levantar testimonios condenatorios. Sus diferencias las resuelven ellos mismos a punto de pistola. La justicia—el enemigo común y eterno—no tiene que mezclarse para nada en sus problemas.

Una de estas guerras vengativas, sordas y crueles, la presencié París durante cerca de tres años. La policía, casi, no tuvo otra ocupación que la de cruzarse de brazos. Os voy a contar brevemente la historia porque es interesante. La tragedia comenzó el alegre 24 de diciembre de 1934.

Los actores fueron los jefes de dos bandas antiguas. En el famoso café «Le Rat Mort», situado en la Place Pigalle, de Montmartre, cenaba el temible Foata en compañía de su amante, la bella Magdalena, y del pequeño hijo de ambos. De improviso, un hombre entra en el restaurant y dis-

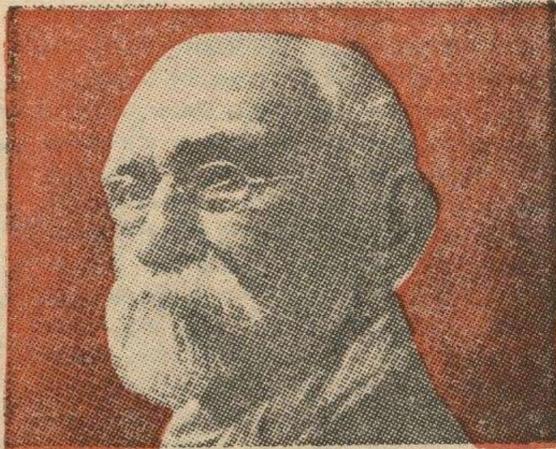
abajo lo que nos ha costado tanta sangre levantar.

Y después, del otro lado de la contienda, les decía a los otros con igual rudeza y energía:

—Si es razonable lo que se pide, accedan ustedes sin más discusiones antes de que por quien corresponda se ordene que les retiren las licencias.

Cierta vez, estando en la citada barbería de Saturnino, le dijo al representante de Alhambra, que lo era entonces el que había sido uno de sus oficiales, el teniente del Ejército Libertador, Ricardo Gras:

—Ya me han dicho que me sacan ustedes en una obra de su teatro.



Viejas postales descoloridas Una frase histórica



Por Federico Villoch

Y Gras pudo convencerle de que no era cierto, porque ningún autor se atrevió nunca a tocar en sus obras aquella gran figura de la revolución, que era para todos respetada y querida. Siempre se hablaba de él por referencias y en los términos más elogiosos, o se le sacaba en retratos y apoteosis, como en aquel cuadro de la Invasión, pintado por Gómez en una de las escenas de la obra «La alegría de la vida», y que el público acogía con los aplausos más delirantes, premiando con ellos al héroe y al artista.

Hablando de Máximo Gómez por fuerza hay que hacerlo también de la canción que a su llegada a la Habana le dedicó el notable guitarrista criollo Alberto Villalón y que tuvo, puede decirse, su cuna, en la conocida barbería de «Guayo». La barbería de «Guayo», situada en la calle de Virtudes, casi esquina a Galiano, debía ser declarada

monumento nacional. Si no nació en ella la canción cubana, allí se reunían a menudo los más populares y afamados cantadores de la época, para rendirle pleitesía y sostenerla eternamente en alto en el corazón de sus adeptos. En la barbería de «Guayo» se reunía el famoso Ramitos, que hizo tan popular y célebre su guaracha «Los frijoles»; Pancho Valdés Ramírez, guarachero de los antiguos, y uno de los últimos supervivientes de aquel cuadro de actores bufos que trabajaba en el teatro Villanueva la célebre noche del tiroteo de los voluntarios españoles; Virgilio Arnau, «el tuerto», tan apreciado de los cantadores por su voz de ba-

Terminado el proceso, varios meses después, Stefani abandona la prisión. Su primera actividad es hacer una visita al Cementerio de Thias—los complejos sentimentales de los criminales son verdaderamente curiosos—a depositar unas flores en la tumba de su esposa, acompañado de su «guarda-espaldas». Foata, desde el alba, lo esperaba detrás de unas tumbas. Abre el fuego de su ametralladora de mano. El acompañante de Stefani es víctima del plomo, pero el «gangster» principal logra escapar con vida. La policía, vigilante siempre y previendo estas cosas, captura a Foata en el Cementerio en flagrante delito, quien, a su vez, es acusado de asesinato.

Otra vez la Ley del Hampa defiende a su hombre. En el juicio oral, Stefani no sólo se abstiene de acusar a Foata sino que declara insistentemente que él no es responsable de la muerte del Cementerio. Pero las pruebas son tan concluyentes que a pesar del testimonio de Stefani, Foata es condenado a siete años de presidio.

El Stefani superviviente, sin embargo, estaba condenado a muerte. No obstante sus precauciones, poco después, cae bajo los disparos de los secuaces de Foata, mientras se hallaba en otro «bar» de la rue Fontaine, al igual que su hermano unos meses antes.

La original justicia del hampa se ha cumplido. Los hermanos Stefani han muerto a manos de sus adversarios. Foata, en cambio, rumia el placer de su venganza tras los duros barrotes de la cárcel, único lugar en que está seguro.

Dentro de unos años, cumplida su condena, volverá a la vida de relación. Su existencia penderá de un hilo, y será tronchada alevosamente por los amigos de los hermanos Stefani. Así está escrito. La «loi du milieu» no perdona jamás.

¿Comprendes ahora, lector amigo, las pasiones que se agitan en el bajo mundo parisién?

Pero Montmartre sigue el carrusel de su vida bajo las noches estrelladas del París infinito...

Agosto, 1939.



CERCA de Máximo Gómez se puede escribir más de un libro, aunque probablemente ninguno tan interesante como el del doctor Benigno Sousa—edición del Centenario—que vió la luz hace poco; pero el Generalísimo fué hombre de guerra, de paz y de muy simpáticas y atrayentes intimidades; y en ese aspecto se podría componer un anecdotario muy interesante y ameno. Aquí en la Habana llegó a ser uno de sus hombres más populares: se le veía en el diario en la barbería de Saturnino, en la calle de Neptuno, donde se dobla la acera hacia Consulado, y también en el café «La Estrella», de pie en la acera todas las mañanas, rodeado de un grupo de ávidos curiosos que le oían complacidos como a un oráculo: su figura magra, intranquila, despierta, como un ciervo que sospecha el tiro agresor de un momento a otro, se destacaba en seguida. El postalista lo recuerda una tarde en la tribuna de un centro industrial, en la esquina de Marte y Belona, con motivo de una agitada huelga que iba tomando un giro hartamente desagradable para la estabilidad de la República, entonces aún con el dogal de la Enmienda Plat al cuello.

—Arréglense— le decía a su agitado auditorio— lo más pronto posible y de cualquier manera; porque no permito de ningún modo que por cuestión de centavos más o menos de jornal, se venga

para su revólver repetidas veces contra el grupo. Foata y el pequeño caen heridos. En el hospital, poco después, muere el inocente niño. Una antigua venganza se rubricaba con sangre. Foata había sido tocado en lo que más quiere en el mundo: su hijo.

La agresión no podía venir más que de los hermanos Stefani, dos tristemente célebres controladores del crimen en París. Así lo comprende la policía que, para evitar la represalia, logra detener a uno de ellos salvándole de este modo la vida. Pero los secuaces de Foata actuaron rápidos. El otro hermano Stefani es asesinado un poco más tarde, mientras libaba acodado en la barra de un café de la rue Fontaine.

En aquella Nochebuena, pues, siguió corriendo la sangre entre las bandas rivales... Acusado de asesinato, el Stefani superviviente comparece ante la justicia. La Ley del Hampa entra en juego. Foata no declara contra el asesino de su hijo, y Stefani es absuelto.

jo profundo y sus conocimientos del arte; Mario García, Ramón Martínez Chávez, Marcos Martínez Pelota, José Parapar, «el Galleguito», que después se hizo tan útil en los coros del teatro cubano; y como compositores, Sindo Garay, Alberto Villalón, el de la «guitarra mágica» y otros más que convertían el establecimiento de Guayo en la «Academia de la Canción Cubana». Allí se componían las canciones que después se popularizaban por la Habana y se difundían por la isla. Muchos aficionados acudían a la «Academia» para oír los ensayos y estar al tanto de las animadas discusiones que entre los autores se suscitaban; por si debía ser un fa o un do, o si se debía escoger «una tercera» al duo que le encajase mejor, o una sexta, dando todo ello origen a los chistes del caso y al consabido choteo con que por lo general terminan casi todas las discusiones criollas... También figuraba muy a menudo los líricos la respetable personalidad del doctor Francisco Eligio, quien algunas veces corregía las letras de las canciones que allí se componían, y otras las escribía exprofeso, para que fueran musicalizadas por los compositores.

Una tarde, reunido en la barbería de «Guayo», como de costumbre, el cuadro de cantadores, uno de ellos advirtió que en aquel día se celebraba el santo del Generalísimo Máximo Gómez, que precisamente vivía allí cerca, al doblar, en la Calzada de Galiano. La cariñosa advertencia no cayó en saco roto, e inmediatamente se acordó entre los allí reunidos ir a visitar al General en su casa y cantarle la canción, que unos días antes había compuesto Alberto Villalón, con letra del doctor Eligio, dedicada a su persona. Ni que decir tiene que fueron recibidos con los brazos abiertos por el Generalísimo y sus familiares; y ya se disponían, acomodados sus típles, vihuelas y bandurrias, a cantar, cuando se dió la noticia de que acababa de llegar a la casa, también para felicitar al Generalísimo, su entrañable amigo y compañero de afanes, el Presidente recién electo de la República Don Tomás Estrada Palma. ¿Para qué más? El «Chino Viejo», Don Tomás, y en las paredes los retratos de Martí, Agramonte, Maceo, Calixto García... los trovadores se sintieron transportados al Olimpo; y algunos, ligeramente, y más de una vez, cortaron un compás o un rasgueo de sus bandurrias para secarse una lágrima cuajada de nonda emoción y de sincero patriotismo. De esto hace hoy, 1939, treinta y seis años.

Los tiempos han cambiado, y la canción genuinamente cubana tiende a desaparecer, como ya desapareció la danza en que White e Ignacio Cervantes hicieron maravillas; y el danzón, con el que se cubrieron de gloria Nicolás el Güinero, Marianito Méndez, Failde, el Matancero del «mágico cornetín», y Pablito y Raimundo Valenzuela, el Alejandro Dumas del danzón, que los escribía a cientos sobre los motivos de las más renombradas óperas y las frases y los dicharachos del día. Hoy se ha llegado a modificar la guajira que se canta en tiempo de dos por cuatro—¡horror!, exclaman los entendidos—cuando su ritmo original es el de seis por ocho. Si los músicos del tercer tercio del siglo pasado aceptaron como buena la canción cubana, no se explica el cambio radical que ha experimentado nuestra música popular, ni el desdén con que la gente joven la escucha; a no ser que se haya inclinado sumisa ante la música disonante y algebraica de los momentos actuales, a base de saxofón, estridencias de cornetines y calderazos.

Ya puede suponerse la impresión del pueblo cuando años después se anunció que estaba enfermo de cuidado el General Máximo Gómez, y el profundo dolor que invadió a todas las clases sociales cuando se dijo que se encontraba en trance de muerte. Su enfermedad agrupó a todo el pueblo ansioso a la puerta de su casa, en la Calzada de Galiano. Algo así por el estilo de lo que acon-

BELLEZAS HISPANO-AMERICANAS RECIBIDAS EN WASHINGTON POR EL SUB-SECRETARIO DE ESTADO



BELLEZAS HISPANOAMERICANAS RECIBIDAS EN WASHINGTON POR EL SUBSECRETARIO DE ESTADO.—El subsecretario de Estado Summer Welles, recibe oficialmente una delegación de las 21 bellezas que, representando otros tantos países hispanoamericanos, visitaron la capital de los Estados Unidos y se entrevistaron con el presidente Roosevelt. Son ellas, de izquierda a derecha: Matilde de El Salvador; Cristina Cerna de Nicaragua e Irma Sierra. (Foto Acme Editors)

MUY BREVES ANECDOTA INFORMAL

Durante una conferencia de dirigentes comunistas, Lenin, que tenía la costumbre de enviar notitas escritas a lápiz a los camaradas, escribió una al terrible Dzerinsky, amo de la Tcheka, que decía: «¿Cuántos verdaderos contrarrevolucionarios tiene usted en prisión?» «15.000» fué la respuesta. Lenin siguió garabateando en sus papeles, escribió unas cuantas palabras ilegibles y marcó una cruz al margen; luego devolvió la nota a

Dzerjinsky, quien abandonó la sala precipitadamente. Al día siguiente se supo que Dzerjinsky había ejecutado a los 15.000 prisioneros, interpretando así la cruz trazada por Lenin. Fotieve, el secretario de Lenin, dijo después que Lenin no había pensado en dar tal orden: la cruz no fué sino un garabato más de los que acostumbraba a trazar durante las reuniones. («Los Amos de la Tcheka», por Roman Gouffé).

teció el 2 de Abril de 1791, en la casa número 42 de la chause d' Autin, de París, cuando estaba agonizando Mirabeau. La muerte del gran orador francés no cabe duda que imprimió un nuevo e inesperado rumbo a la Revolución; y algo así pasó también con la muerte de Máximo Gómez, respecto de la nuestra. Una ligera infección, que al principio no tuvo importancia, desatada e «invasora», después, se llevaba al hombre en quien había depositado Cuba todas sus esperanzas. Todos asediaban a preguntas al médico de cabecera, doctor Pereda, Junio de 1905. Y era allí a la puerta de aquella casa el recordar todos los hechos, épicos o corrientes, del Padre de la Patria. Los cubanos: sus gestas de Palo Seco, de las Guásimas de Playitas, de Coliseo, de la Reforma, en las Villas; de la Invasión—paralela en gloria y estrategia a la marcha de Sherman. Los españoles: de la otra Invasión—gloriosa conquista de almas—cuando terminada la guerra avanzó de pueblo en pueblo hasta las puertas de la Habana, predicando el amor y la paz entre los que habían sido hasta aquel año de 1898, enemigos irreconciliables. En la primera—1895—llamaradas de incendio desolador. En la segunda—1898—llamaradas de amor en todos los corazones.

Uno de los espectáculos más alentadores que puede presenciar un pueblo fué el que se ofreció en aquella estación de la Ciénaga, al rendir su última jornada el tren que traía a Máximo Gómez y su Estado Mayor a la Habana—1899—. La Habana entera fué a recibirlo, sin distinción de clases sociales. No había más que un pueblo enardecido que quería tener la dicha de verlo y vitorearlo. De entre aquella masa, rugiente y palpitante de patriotismo, de un lado—y también conmovida de agradecimiento del otro—una negra vieja y temblona, de las últimas que se llamaban de «nación», de más de setenta años, logró abrirse paso y acercarse a Máximo Gómez. Sus ojos, ya casi sin brillo, se animaron con el fulgor de las lágrimas y el recuerdo—había perdido dos hijos: uno en Sao del Indio, y otro en Coliseo—y cogiéndole una de las manos al «Chino Viejo», después de contemplarlo ávida mucho, mucho tiempo, se la besó múltiples veces, y sacando luego de su escuálido seno un enorme tabaco que traía, segura, a prevención, le dijo, entregándoselo con manos temblorosas:

—¡Toma; «pa que te lo chupa»!

Y es fama que fueron otros los que se chuparon la breva.

NO hay precipicio mayor en la vida de una pareja recién casada que el que crea una pareja de amigos que se deja caer de visita a las cinco y se queda hasta la hora de la comida. Toda mujer que participa en una cruel asonada como esa merece meses en la cárcel.

En los comienzos de la vida matrimonial una pareja no tiene defensas contra esa polilla. Han llegado los Brown, son amigos de Roberto. Ahora es Mabel, la amiga íntima de colegio de Ester la que viene de visita. Se sientan y se quedan mientras hay algo que beber y comer. La joven dueña de casa reflexiona que puesto que ella fué invitada a un buen almuerzo no había necesidad de hacer más de comer que un buen plato para su marido Roberto; le asusta que los Brown vayan a quedarse a comer, pero piensa que no puede llegar a tanto su falta de tacto. Lo peor del caso para Ester, que gusta de mantener equilibrado el presupuesto doméstico, es que si su marido se da cuenta de que no hay comida para todos va a sugerir que se marchen a un restaurant donde pagará seis o más pesos. Después de una hora de angustias y especulaciones Ester comienza a odiar a esos amigos. Hoy son los Brown, ayer fueron los Wilson, mañana serán los Meléndez, Ester resuelve romper la situación y dice: «Bueno, aquí tengo yo a un marido con hambre; supongo que no querrán ustedes quedarse a comer a la suerte de nuestra olla. Mabel se calla, pero Enrique y Elena Brown van a considerar el caso. Elena dice que tienen otro compromiso, pero Enrique se ríe y declara que no es cierto, agregando: «Pero no podemos quedarnos».

—¿Por qué no?—pregunta Roberto como distraído.

—Bueno, porque no sería leal para con ustedes. Además, la madre de Elena nos espera. Tomaremos otro vaso y luego nos iremos.

Así siguen debatiendo el caso Enrique y Elena, como si los dueños de casa Roberto y Ester nada tuvieran que ver con el asunto. Ya Roberto y Ester están a punto de gritar: «Por los clavos de Cristo, tomen ustedes alguna resolución». Por fin Enrique y Elena parecen ponerse de acuerdo y Elena comunica la decisión: «Es muy amable en tí, Ester, que nos invites; nos quedaremos, pero no te vayas a molestar por nosotros». Y empieza así la danza macabra de los tarros de conserva en que Ester se rompe los dedos y la paciencia, mientras Elena, sonriente, pasa por su lado diciéndole: «Ya ves todas las molestias que te damos; no deberías haber insistido en que nos quedáramos a comer». Roberto observa con creciente desagrado y termina por proponer, fingiendo alegría y buen humor, que se ponga fin a todo ese trajín y se vayan a comer todos a un restaurant de moda; él invita.

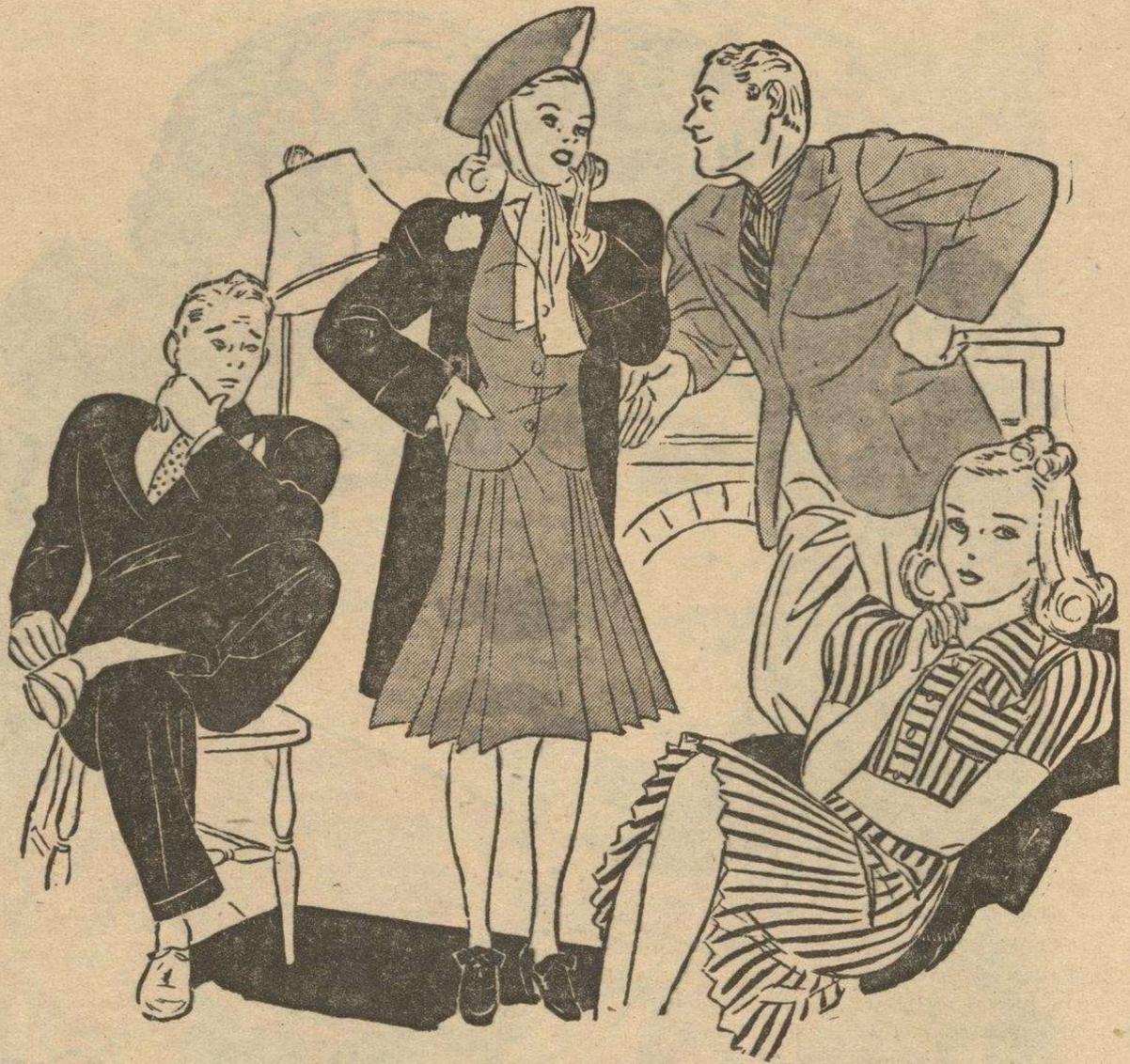
Cuando regresan Roberto y Ester están irritados el uno contra el otro. «No tenías para qué haber hecho eso, le dice su mujer; gastarte diez pesos cuando podríamos haberles dado algo en casa».

Pero hija, responde Roberto, no podíamos comer cinco de una lata de sardinas y tener después frutas en conserva también de postre. Es una que-rella y un disgusto; no gran cosa en apariencia, pero queda rota la felicidad conyugal cuando se repite al infinito con infinitas parejas de amigos y amigas. Estas cosas son responsables de la bancarrota de muchos, muchísimos hogares.

Si yo pudiera dictar reglas para los visitantes daría estas cinco:

1.—No se queden usted en ninguna parte más allá de la hora convencional para comer, sea cual fuere la amistad que los ligue con los dueños de casa ni la insistencia de la invitación de ellos.

2.—Si se quedan hasta la hora de comer, hagan



Ya Roberto y Ester están a punto de gritar: «Por los clavos de Cristo, tomen alguna resolución».

MUJERES

que deberian ir a LA CARCEL

por Kathleen Norris

saber a los dueños de casa por anticipado que positivamente se irán ustedes a una hora determinada antes de la comida.

3.—Si no tienen otro compromiso y desean hacer uno, empiecen desde su llegada por decirles a los dueños de casa lo desea y ella les dice exactamente Casino a las siete, y volveremos después aquí a jugar a las cartas.

4.—Cuando se dispongan a partir cerca de la hora de comida no olviden de llevarse con ustedes a alguno o a alguna de los que parecen destinados a jugarles la mala pasada a los dueños de la casa. «Vamos, Mabel, debe decir Elena, te pasaremos a dejar a tu casa; no podemos retardar más a Ester, que tiene que comer, puesto que no vamos a acompañarlos.

5.—No cambien de opinión. Si dicen que no se van a quedar a comer, manténganse en eso. Si,

por el contrario, quieren quedarse y saben que la dueña de casa lo desea y ella las dice exactamente lo que tiene y que la criada está en servicio, entonces digan desde luego que comerán con ellos y no estará de más que se den una vuelta por el almacén cercano para llevarles algo y que ayuden a Ester en el lavado y limpieza de la cocina después.

Sobre todo no discutan jamás delante de los dueños de casa el pro y el contra de la invitación que les están haciendo como si fueran ellos unos posaderos. Recuerden que por lo general una pareja de medianos recursos no desea tener invitados sorpresivos. Si van a visitarlos a ustedes digan cuando llegan las cinco, que tienen que irse indefectiblemente a las seis y váyanse.

Ahora, lectora, estoy segura de que usted está tentada de recortar este artículo y enviárselo en un sobre anónimo a una docena de sus amistades...



En el Puente de THOR

con gran sorpresa nuestra, al señor Jules Turner, hombre delgado y nervioso, de maneras vacilantes y convulsivas.

—Tenga la bondad de sentarse—invitó Holmes. —Desgraciadamente, dispongo de muy poco tiempo, pues tengo una cita a las once.

—Ya sé. Usted espera al señor Welles. Estoy al servicio de él; administro sus propiedades. ¡Es un canalla, señor Holmes!

—Sus juicios son definitivos, señor Turner... —El señor Welles va a llegar de un momento a otro y no quisiera que me encontrase. Siento no haber podido venir antes; fué esta mañana cuando me enteré por Ferguson, el secretario de Welles, de la cita que éste le había dado.

—¿Usted es... el administrador del señor Welles?

—Sí, señor; pero dentro de dos semanas habrá roto la cadena de mi esclavitud. Es un sujeto terrible para todos los que le rodean. Ejerce la caridad pública, pero eso sólo le sirve para disimular sus iniquidades privadas. La primera de sus víctimas fué la esposa. Ignoro en qué forma encontró la muerte. Pero afirmo que él le envenenó la vida. Era, como usted lo sabrá, sin duda, brasileña...

—No sabía...

—Tropical de origen, lo era también por temperamento. Amaba a su esposo como saben amar las mujeres de ese tipo. Dicen que era muy hermosa; pero al perder sus encantos físicos perdió todo aquello por lo cual retenía a su esposo. Tanto como la queríamos a ella, detestábamos a Welles por la forma en que la trataba. Pero él es hábil. No se deja engañar, señor Holmes; sabe guardar las apariencias... Eso es todo lo que quiero decirle. Ahora permítame que me vaya.

Después de estas palabras corrió a la puerta y desapareció.

El famoso millonario, que llegó a la hora anunciada, tenía todo el aspecto de una ave de rapina. Se inclinó cuando Holmes le dijo mi nombre. Luego, como si hubiese estado en su casa, acercó una silla y se sentó próximo a mi amigo.

—Ante todo, señor Holmes—empezó,—le diré que el dinero no me interesa. Tirelo por la ventana si lo considera necesario. Esa joven es inocente; hay que apartar de ella hasta la más mi-

nima sospecha. En sus manos está el asunto. Díga cuánto.

—Yo—contestó Holmes glacialmente—sólo tengo un precio, y nunca me aparto de él si no es para rechazar toda retribución...

—Los dólares podrán no interesarle..., pero... ¿y su prestigio? Ponga usted este asunto en claro, y yo le prometo una buena propaganda en la prensa de Inglaterra y de América.

—Quizá le asombre si le digo que prefiero trabajar en el anónimo por el solo placer de resolver problemas. Pero estamos perdiendo el tiempo. Vayamos a los hechos.

—No creo poder agregar nada útil a los relatos periodísticos, pero estoy a su disposición por si quiere aclarar algún punto.

—Desearía conocer la naturaleza exacta de sus relaciones con miss Kelly.

—Supongo que para dirigirme esa pregunta tiene algún derecho, señor Holmes. Y quizá sea su deber formularla. Puedo asegurarle que mis relaciones con miss Kelly fueron siempre las de un amo con una persona de su servicio. Jamás le hablé ni la vi sino en presencia de mis hijos.

Holmes se levantó. Tranquilamente dijo: —Soy un hombre muy ocupado, señor Welles. No tengo tiempo para esta clase de conversaciones ni soy tampoco aficionado a ellas. Buenos días...

También nuestro visitante se había incorporado. Congestionado por la ira, dijo:

—¿Retroce usted ante las dificultades?... ¿Cree necesario fijar otro precio? Le pido una contestación franca.

—El asunto es demasiado complicado para que lo compliquemos más aún con informaciones inexactas...

Welles palideció. Luego decidió: —Haga lo que le parezca, señor. Yo no puedo obligarle a que, contra su voluntad, intervenga en este asunto. Le advierto, sin embargo, que he dominado a muchos hombres más difíciles que usted...

—Conozco ese género de amenazas—interrumpió Holmes, sonriendo—. Y no pueden tomarme desprevénido. Buenos días, señor Welles. Tiene usted muchas cosas que aprender todavía...

Y mientras nuestro visitante salía ruidosamente, Holmes, imperturbable, se llevaba la pipa a los labios y meditaba.

—Cómo adivinó usted la naturaleza de sus rela-

T E N silencio, mientras contemplaba disipante las volutas de humo que había arrancado a su pipa, y que se reitorcian en caprichosas formas frente a él, Sherlock Holmes me alargó la carta.

«Mi apreciable señor Holmes—empezaba ésta:— «Me cuesta trabajo resignarme a la idea de que una mujer, excelente desde todo punto de vista, sea injustamente condenada sin que yo haga lo imposible por desvanecer esa acusación. No podría probarlo; pero afirmo que miss Kelly no es culpable del terrible delito que se le imputa. Creo inútil entrar en detalles, pues usted debe conocer el asunto. Mañana a las once, personalmente, será más explícito. Confo ciegamente en que usted logrará descifrar, al fin, este tortuoso enigma. Jacques Welles».

—¿Jacques Welles, americano?—murmuré, tratando al mismo tiempo de coordinar mis recuerdos.

—A usted, Watson—me auxilió Holmes,—ese nombre le debe ser amillar; pero comprendo su confusión. Jacques Welles, que representó en el Senado a un Estado del este, es famoso por varias causas.

—¿No residió en Inglaterra? —Ea efecto. Aunque su nombradía le viene de su inmensa fortuna—posee una de las minas de oro más ricas del mundo,—usted le recordará a raíz del drama que tuvo lugar en Hampshire. Compró allí, hace cinco años un vasto dominio. Y fué allí también donde su esposa encontró el trágico fin que usted conocerá.

—Recuerdo algo, pero no podría precisar detalles.

—Si yo hubiera sabido que se me iba a encargar de este asunto, habría preparado material. Pero como, aun siendo sensacional la cosa no parecía presentar complicaciones...

—¿Esta carta, entonces? —Holmes sacudió la ceniza de su pipa y me miró risueño:

—Esa carta, amigo Watson, quiere decir que

voy a tener tarea. Su firmante, el cliente a quien espero, es Jackes Welles en persona, uno de los más grandes potentados del mundo. Parece que es dueño de un carácter nada afable. Por lo que a su esposa, la víctima de este drama, se refiere, nada sé sinc que ya no era muy joven, y que los encantos de la institutriz de sus hijos le creaban serios problemas sentimentales. Y ya están ahí los personajes de la tragedia: el marido, la mujer, la institutriz. El escenario, una vieja casona solariega. El drama en sí, una mujer encontrada de noche, a media milla de la casa, tendida en el suelo, con la sien agujereada por una bala de revólver. Un guardabosque descubre el cuerpo, a eso de las once; la policía y un médico lo examinan.

—¿Por qué se sospecha de la institutriz?—pregunté.

—Hay contra ella una acusación directa: en la parte inferior de su guardarropa se encontró un revólver al que le faltaba una bala y cuyo calibre correspondía al del proyectil que determinó la muerte. En el lugar del crimen, por otra parte, no se halló arma alguna.

Holmes guardó silencio. Comprendí que un razonamiento iba elaborándose en él. Con un brusco sobresalto, viniendo hacia mí, continuó:

—Dos jurados han opinado lo mismo. Además, la víctima llevaba sobre sí una carta que la citaba al lugar en que fué cometido el crimen. El senador Welles es un hombre agradecido: muerta su mujer, quien la reemplaza no será, seguramente la institutriz, para la que ya ha tenido numerosas atenciones: amor, riquezas, poderío... La institutriz no puede ofrecer coartada. Reconoce que a la hora del drama estaba no lejos del puente de Thor. En ese puente tuvo lugar la tragedia. El puente de Thor es un arco de piedra, limitado por dos hileras de balaustres. Debajo del puente hay un estanque ancho y profundo, bordeado de rosales. Lo llaman el estanque de Thor. A orillas del agua yacía el cadáver. Estos son los hechos esenciales. Pero... he aquí a nuestro cliente.

Billie acababa de abrir la puerta, anunciando,



ciones con la institutriz?—pregunté asombrado a mi amigo.

—Fué un bluff, Watson. La carta de Welles era apasionada, sin ese tono de las cartas de negocios. Welles se vigila en tal forma que esa violencia hecha a su temperamento indica la existencia de una emoción dirigida más a la acusada que a la víctima. Era necesario establecer qué relaciones existían entre el hombre, su esposa y la institutriz. Atacado de frente, no se descubrió. Entonces, tuve que recurrir al bluff, haciéndole creer que yo tenía la certeza. Volverá, no lo dude. No puede hacer otra cosa en estas circunstancias... Pero... ¿no están llamando?... Sí... y reconozco el paso... Es él.

—He reflexionado, señor Holmes—explicó el millonario, que irrumpió en la estancia en ese momento—. Usted procede correctamente al querer conocer los hechos tal como son. Puedo asegurarle que mis relaciones con miss Kelly no tienen nada que ver con este asunto. Usted comprenderá, señor Holmes, que un hombre a quien se le pregunta de golpe por sus relaciones con una mujer debe sentirse indignado, aun cuando se trate de un sentimiento muy serio.

Calló un instante como para ordenar sus pensamientos. Su rostro sombrío parecía más grave y triste. Luego prosiguió:

—Conoci a mi mujer en el Brasil, cuando me dedicaba a buscar oro. Juana Ferreiro, hija de un funcionario de Manaos, era muy hermosa. Temperamento ricamente dotado, corazón pasional, exclusivo, carecía de equilibrio, y no se asemejaba a las otras mujeres de América. La quise, me casé con ella. Aquel romance duró algunos años, después de los cuales me di cuenta de que entre nosotros no había absolutamente nada en común. Se entibió mi amor. ¡Ojalá se hubiese entibiado también el suyo! Pero usted sabe cuán desconcertantes son las mujeres. Por mucho que hice no conseguí apartarla de mí. Aseguran algunos que yo me mostré con ella duro hasta la crueldad, hasta la brutalidad; pero yo siempre supuse que, matando el amor de aquella mujer, convirtiéndolo en odio, seríamos más dichosos. Todo fué en vano. Mis peores procedimientos no conseguían debilitar su devoción... Entretanto, pedí, por intermedio de un anuncio, una institutriz para mis hijos. Se presentó miss Kelly. También ella es muy hermosa. Yo no pretendo ser más



—Pero eso contradiría la declaración de miss Kelly.

—Se explicaría que, después de tan terrible escena —continuó Holmes—, la joven regresase co-

de Thor, a las nueve.—J. KELLY». ¿Qué explicación dió de eso la acusada?

—No ha querido dar ninguna hasta la audiencia.

Lo del otro revólver es también un problema oscuro, ¿no es eso?

—Por mi parte, creo que eso es lo más claro que hay en todo el asunto.

Holmes denegó:

—Sabemos que la carta es auténtica. Ahora bien; la señora Welles debe haberle recibido una o dos horas antes de la tragedia. ¿Por qué, entonces, la tenía apretada en la mano izquierda? ¿Necesitaba llevar esa carta a la cita? ¿No le extraña eso?

—Sí, señor. Ahora que me lo hace usted notar...

Holmes se sentó sobre la balastrada. De pronto volvió a ponerse de pie, corrió hacia el lado opuesto y sacó una lupa del bolsillo.

Contra el fondo gris de la piedra había un espacio blanco cuyo diámetro era igual al de una moneda de medio chelín, aproximadamente. Mirando de cerca se notaba que la superficie había sido descascarillada por un golpe.

—Esto—dijo Holmes—sólo puede haberlo hecho un golpe de regular violencia.

Golpeó varias veces fuertemente con su bastón, sin dejar la menor huella en la piedra.

—Sí—agregó—un golpe violento. Y no por arriba, sino por abajo, pues, como ustedes ven, dió en la arista inferior... No creo que podamos descubrir nada más aquí. En el suelo no se encontraron rastros de nada, ¿verdad?

—De nada.

Fuimos a la casa. Welles no había regresado aún de Londres. Nos encontramos, en cambio, con el señor que nos visitara por la mañana. Colocó ante nuestros ojos el formidable stock de armas que su amo había reunido a lo largo de su vida aventurera.

—El señor Welles tiene enemigos, dado su carácter y sus métodos—nos explicó.—No duerme tranquilo sin un revólver junto a él, en la mesa de luz o bajo la almohada.

—A pesar de la antipatía que siente por su amo—dijo Holmes mientras nos dirigíamos a la estación,—el administrador no pudo negar que, cuando cundió la alarma, Welles estaba en su biblioteca. La cena había terminado a las ocho y media, y hasta entonces no sucedió nada anormal. La alarma se produjo bastante tarde; y la hora del drama debió ser la señalada en la carta de la institutriz. Nada prueba que el señor Welles haya abandonado la casa después de regresar de la ciudad, a las cinco de la tarde. Por otra parte, miss Kelly reconoce, por lo visto haber tenido una cita con la señora Welles cerca del puente. A parte de ello, nada más declara siguiendo los consejos de su abogado, que la insta a reservar sus medios de defensa. La interrogaremos sobre muchos puntos de importancia y no estaré tranquilo hasta que no la vea. Su situación, si no fuera por un detalle, es bastante grave. El hecho de que hayan encontrado el revólver en su guardarropa me parece muy extraño. Supongamos por un momento, amigo Watson, que usted es mujer y que friamente resuelve eliminar a su rival. Le escribe una carta. La víctima llega armada de un revólver, usted consuma el crimen. ¿Incurriría usted en la idiotez de guardar el revólver precisamente allí donde irían a buscarlo en seguida? Es absurdo. Quien premedita con frialdad un crimen premedita igualmente los medios para eludir responsabilidades. Estamos ante una mala interpretación judicial. Miss Kelly dice no conocer el revólver. Pero, si no fué ella, ¿quién puso el arma en su guardarropa? Alguien que quería comprometerla.

Miss Kelly era, en efecto, una mujer hermosa. Resultaba lógico que ejerciera sobre el señor Welles una influencia tan intensa. Obligados a permanecer en Winchester por lo dilatado de las formalidades para la obtención del permiso de visita, la entrevistamos a la mañana siguiente, en compañía del joven abogado James Smith.

Holmes, una vez presentado, le habló:

—¿Podría usted, señorita, decirme, ya que creo inspirarle alguna confianza, cuál era su situación con respecto a la señora Welles.

—Me odiaba con toda la vehemencia de su temperamento tropical. En mis relaciones con el señor Welles no había nada injurioso para ella; pero su sentido del amor no le permitía comprender un lazo en que sólo interviniese el espíritu, ni tampoco que tan sólo me retenía en la casa el deseo de ejercer una acción benéfica sobre ese hombre. Procedí equivocadamente quedándome; hoy me doy cuenta y lo confieso. Nada debió retenerme, puesto que mi presencia era un motivo de infelicidad para esa mujer...

—¿Quisiera detallar lo que sabe acerca del drama?

—Por la mañana recibí unas líneas de la señora Welles. Habían sido dejadas sobre una mesa de

riendo a su cuarto, con el revólver en la mano... Sin saber qué hacer, lo arroja al interior del guardarropa, entre sus vestidos. Cuando la policía encuentra el arma, viéndose comprometida, miente. ¿Qué le parece esta hipótesis, señor Welles?

Se opondrá a ella el mismo carácter de la acusada.

Holmes guardó silencio. Después, consultando el reloj, dijo:

—Iremos a Winchester esta misma mañana. Después de conversar con miss Kelly, quizá pueda seguir siéndole útil, señor Welles.

Como los permisos oficiales para ver a la acusada tardaban en ser despachados, desistimos de la visita a Winchester. En cambio fuimos por la tarde a Thor Place. El señor Welles no nos acompañaba.

El sargento Corrigan, de la policía local, que se había ocupado en el primer término del asunto, sugirió:

—¿No cree usted que el culpable podría ser el señor Welles?

—Ya me pregunté eso—contestó Holmes.

—¿Si conociese usted a miss Kelly! Es una mujer hermosa y en todo sentido admirable. Se explica que el señor Welles haya querido desembarazarse de su mujer. Los yanquis recurren al revólver mucho más fácilmente que nosotros, los ingleses. Y usted sabrá que el arma utilizada para el crimen pertenecía al señor Welles. Eran dos revólvers iguales.

—¿Dos? ¿Y dónde está el otro?

—El señor Welles posee una gran colección. Hemos buscado en vano el otro revólver. Sin embargo, la caja era para dos. Si quiere, podemos revisar nuevamente el stock.

—Antes preferiría visitar el escenario de los hechos.

Nos dirigimos al puente.

Allí fué encontrado el cuerpo de la señora Welles—dijo el sargento Corrigan, indicándonos la entrada del puente.—Vinieron a llamarme en seguida por orden del mismo señor Welles. Cuando se supo lo que había sucedido, toda la gente corrió hacia aquí, pero Welles dispuso que nadie tocara nada antes de que llegasen las autoridades.

—Según los diarios, el disparo fué efectuado de cerca...

—De muy cerca. La herida está un poco más atrás de la sien izquierda.

¿En qué posición estaba el cadáver?

—De espaldas. No había señales de lucha. Los dedos de la víctima apretaban aún la carta de miss Kelly.

—¿Apretaban?

—Tanto que nos costó trabajo separar los dedos.

—Eso es importante. Hay que descartar la hipótesis de que, para desorientar a la justicia hayan colocado la carta entre los dedos de la muerta. Esa carta, por lo visto, se reducía a una línea seguida de la firma. «La espero en el Puente

moral que nadie. No podía vivir bajo el mismo techo que esta mujer, sin enamorarme. Durante toda la vida tuve al alcance de la mano cuanto me propuse conseguir, y jamás deseé nada tanto como el amor de esa mujer. Le dije que, de ser libre, me hubiera casado con ella; que el dinero no significaba nada en sí, y que estaba dispuesto a asegurarle una vida holgada, sin penurias, feliz.

Welles terminó su exposición e interrogó a Holmes con el gesto.

—Únicamente en consideración a la joven—dijo éste, severo—me ocuparé de este asunto. El crimen de que se la acusa no es quizá peor que el que acaba de confesarme.

—Yo mismo me he dicho eso—respondió Welles inconcebiblemente sereno—. Con póstuma, mis propósitos fracasaron. Miss Kelly rechazó todas mis insinuaciones.

—¿Y por qué se quedó en su casa?

—Cuando me comprometí con un juramento a deponer mi actitud, miss Kelly consintió en quedarse. La decidí otra razón, además. Sabía que ejercía sobre mí una influencia ilimitada y se disponía a utilizarla.

—¿Cómo?

—Mis negocios, señor Holmes, tienen una amplitud que la mayoría de la gente ni se sospecha. Hago y deshago a mi antojo. Para eso necesito luchar, y en la lucha no hay compasión para los débiles. Miss Kelly aseguraba que nadie tiene derecho a amasar una fortuna superior a sus necesidades, sobre todo si para ello debe arruinar a miles de personas. Parecía tener otro sentido del dinero y, viendo que yo la escuchaba, creyó que actuar sobre mi espíritu, modificándolo, era una manera de servir a la humanidad. Se quedó, pues. Y vino la tragedia... Al recibir la primera noticia creí, consternado, que miss Kelly se había dejado llevar por impulsos secretos. Se me ocurrió entonces una explicación. Mi mujer no tenía ninguna razón para desconfiar de miss Kelly, pero sabía que la joven actuaba sobre mí como ella no había podido hacerlo nunca. Juana estaba enloquecida de odio; el fuego de los trópicos le hervía en la sangre. Quizá se propuso matar a miss Kelly; o, simplemente, pensó amenazarla con un revólver y arrancarle la promesa de que nos abandonaría... Una lucha..., un disparo...

—Descartando el homicidio premeditado—dijo Holmes—, no encuentro, en efecto, otra explicación plausible.

la sala de estudio. Me rogaba que después de la cena fuese al puente a hablar con ella, porque tenía algo muy serio que decirme; y me rogaba también que le dejase mi respuesta en el jardín, sobre el reloj de sol. No comprendía el porqué de tanto misterio, pero hice lo que me pedía. Eché la carta en el fuego de la estufa.

—Ella, en cambio, guardó la carta de usted...
—En efecto. Me asombró saber que la tenía en la mano en el momento de su muerte... Fui a la cita. Encontré a la señora cerca del puente. Nunca hasta entonces sospeché cuánto me odiaba esa mujer. No podría repetirle las palabras que me dijo. No le contesté. No hubiese podido, porque su solo aspecto me daba miedo. Fui tapándome las orejas con las palmas. Ella se hallaba en la entrada del puente, desde donde me dirigía imprecaciones y reproches.

—¿Dónde estaba la señora cuando la encontraron?

—Un poco más lejos.
—La muerte debió producirse en cuanto usted huyó, y usted dice no haber oído nada...

—Así es. Sólo pensé en refugiarme en mi cuarto. Cuando los gritos de la casa anunciaron la muerte de la pobre mujer, me precipité afuera con los otros.

—¿Vió usted en ese momento al señor Welles?

—Había corrido hasta el puente. Lo vi a su regreso, cuando acababa de avisar al médico y a la policía.

—¿Estaba emocionado?

—Es un hombre muy dueño de sí mismo, que jamás manifiesta sus emociones. Pero lo conozco bien y sé que estaba profundamente afectado.

—El revólver fué encontrado en el guardarropa. ¿Usted lo había visto antes?

—Puedo jurar que nunca.

—¿Cuándo lo encontraron?

—Al día siguiente, por la mañana, en el piso del guardarropa.

—Alguien debe haber entrado en el cuarto de usted para poner el revólver allí. ¿En qué momento pudo ocurrir eso?

—O a la hora del desayuno o cuando yo estaba con los chicos en la sala de estudio.

—Cuando encontré sobre la mesa la carta de la señora Welles, ¿estaba usted con los chicos?

—Sí, señor, toda la mañana estuve allí.

—Bien, señorita. Precisamente en la parte opuesta al lugar donde yacía el cuerpo, hemos descubierto, sobre la balastrada del puente, la señal de un golpe reciente. ¿No se le ocurre a usted alguna explicación de esto?

El rostro de Holmes tenía esa expresión de ausencia que presagiaba en él la manifestación decisiva de su genio. Sin atrevernos a decir nada, el abogado, la acusada y yo nos quedamos en suspenso. Súbitamente, Holmes habló:

—Doctor Smith, ya tendrá noticias mías. Usted, señorita, tenga paciencia hasta mañana; y usted, Watson, venga...

Cuando llegábamos a Hampshire, y respondiendo a una pregunta de Holmes, le mostré mi revólver; hizo girar el tambor, registró los cartuchos y comentó:

—Su revólver va a estar íntimamente ligado a la solución de nuestro problema. Tenemos que efectuar una experiencia. Todo depende de la forma en que se comporte esta arma.

Yo no tenía la menor sospecha de lo que pensaba hacer Holmes. Hundido en sus meditaciones, mi amigo callaba. Recobró la conciencia de la realidad cuando descendimos en Hampshire. Un cuarto de hora más tarde llegábamos a la casa del sargento Coventry, al que pidió Holmes:

—Puede conseguirme unas diez yardas de cordel?

Poco después aseguraba:

—El revólver del doctor Watson nos resolverá el problema... Vamos.

Salimos. El sargento dirigía de cuando en cuando a Holmes una mirada oblicua, como si lo considerase loco.

Cerca ya del lugar del crimen, Holmes me dijo:

—Mi instinto a veces se equivoca. En la cárcel de Winchester tuve la impresión de ver resplandecer la luz. Pero el defecto de los temperamentos activos está en encontrarle a todo explicaciones contradictorias; sin embargo...

Habíamos llegado. Holmes anudó el cordel a la culata del revólver. Marcó el lugar exacto en que había sido encontrado el cuerpo; fué en busca de una piedra que ató en la otra punta del cordel y, haciéndola pasar por sobre la balastrada, la dejó pendiendo sobre el agua. Por fin, volvió al lugar fatal. Tenía el revólver en la mano; a medida que se alejaba, el peso de la gran piedra tendió el cordel.

Levantó el revólver al nivel de su cabeza y lo soltó. El arma, arrastrada por el peso de la piedra, fué a golpear contra el reborde de la balastrada, pasó por encima de ésta y cayó al agua.

—Doctor Watson—decía Holmes, arrodillado ya



junto a la balastrada.—su revólver se ha portado bien. El problema está resuelto.

Al decir esto, señalaba en la parte inferior del reborde de la balastrada una marca que tenía la misma forma y dimensión que la primera. En seguida explicó al sargento, que lo miraba perplejo:

—Con ayuda de un buzo, podrá devolverle el revólver a mi amigo. Y encontrará, junto a ese revólver, el otro revólver, el cordel y la piedra que le sirvieron a una mujer vengativa para disimular su suicidio y hacer recaer sobre otra persona la culpabilidad de su muerte.

—A la desdichada señora Welles—me explicó Holmes horas más tarde, mientras renovaba su pipa con solemnidad de rito—la actitud de miss Kelly le resultó tan execrable como la de quien le hubiese robado la ternura del esposo. Para ella, una rivalidad espiritual equivalía a una rivalidad física. El desamor de su esposo lo atribuía, y no sin razón, a la institutriz. Desesperada y llevada por la vehemencia de su temperamento, pensó suicidarse, mas una idea deplorable surgió en su sombría desesperación. Pensó la señora Welles que su deserción de la vida podía producirse en

forma tal que el sufrimiento hiciese presa en miss Kelly; es decir que, a su muerte, cayese sobre la institutriz la culpabilidad.

—Es terrible...

—La desesperación y el despecho conducen a todas partes. La señora Welles encuentra primero el medio de que miss Kelly, le dirija una carta, la cual haría presumir más tarde que la misma institutriz había elegido el lugar del crimen. Para asegurarse de que el detalle de la carta no iba a pasar inadvertido, Juana Ferreiro la aprieta en su mano al suicidarse. Aprovecha la circunstancia de que en la colección de armas de su marido hay dos revólvers iguales; toma uno de ellos y oculta el otro en el guardarropa de la institutriz, no sin antes sacarle una bala. La noche de la cita acude al puente. Ya conocemos el sencillo procedimiento de que se ha valido para lograr la desaparición del arma. Una vez ante su pretendida rival, la increpa duramente. Mientras la joven huye consternada, la señora Welles se elimina. Empuña el revólver con la mano derecha, lo que explica que la herida esté un poco más atrás de la sien izquierda. Un balazo en la otra sien habría dado pie a la hipótesis del suicidio...

—¡Admirable!...

—Se podrá argüir, como lo han hecho los diarios, que el estanque debió ser dragado. Pero ello no es cosa muy fácil. Ni se podía llevar a cabo sin la sospecha previa de que en el estanque se iba a encontrar algo. Y esa sospecha, amigo Watson, no era lógico que surgiera desde el momento en que el arma que, según la creencia general, se había utilizado para cometer el crimen, fué hallada en el guardarropa de la bella y altruista institutriz...

MUY BREVES

EINSTENIANA

Poco tiempo antes de morir, la esposa de Einstein visitó el famoso Observatorio Astronómico de Mount Wilson, en California. Después que le mostraron en todo detalle el telescopio inmenso de 100 pulgadas, preguntó: «¿Y para qué se usa esto?» Le dijeron que el objetivo principal era encontrar la forma del Universo.

«Pero, dijo la señora; mi marido hace eso en el reverso de un sobre viejo». (London Evening Standard).

FORTIFICANTE !

El uso del Quinium Labarraque á la dosis de una capita de licor después de cada comida basta, en efecto para restablecer en poco tiempo las fuerzas de los enfermos más agotados. Por consiguiente, aquellas personas débiles, debilitadas por la enfermedad, el trabajo ó los excesos; los adultos fatigados por un crecimiento demasiado rápido; los anémicos, los ancianos debilitados por la edad, debentomar vino de



Quinium Labarraque

APPROUVÉ PAR L'ACADEMIE DE MEDECINE DE PARIS

Dépôt . Maison FRÈRE
19, Rue Jacob, PARIS

El TERCER ANIVERSARIO de la MUERTE de "La Argentina"

Crónica exclusiva de M. PEREZ FERRERO

PARIS, JULIO 1939.—Día 19 de Julio. Variable gris a zamalazos y con claros azules, de un intenso azul, entre las nubes plomizas, en el cielo. La iglesia española de la rue de la Pompe lleva dos días de función solemne. Júbilo del 18 y funeral del 19... Ayer la fiesta Nacional de España (bandera bicolor en la fachada; cuerpo diplomático de uniforme, muchedumbre en el templo y una curiosa espectación en la calle...) Hoy, llanto por la que fué representación española ilustre, genuina y mundial; por Antonia Mercé, o sea por la inmensa embajadora del arte español de la danza: «La Argentina».

Tratar de presentar hoy, al cumplirse el tercer aniversario se su muerte a la «Argentina», tratar de decir quién fué resultaría tan grotesca como vana pretensión, por conocida, por admirada y por universal; dedicarla un recuerdo, este recuerdo que acabamos de vivir ahora, en este día, en que el cielo también ha llorado, es un deber y, más aún, una necesidad consoladora.

En ningún sitio Antonia Mercé obtuvo los éxitos clamorosos que en este París que la evoca y que la ama, en este París en que ha dejado estela y una escuela de virtuosos del baile español del que Vicente Escudero es un neto representante y, en estas latitudes, un heredero del cariño de los parisienses por la insuperable predilecta.

Por otra parte debemos consignar que cada día la danza que hace siglos llevaron las bailarinas desde Cádiz a Roma ha tomado aquí carta de naturaleza y que aún guardamos en nuestros oídos las ovaciones por la despedida celebrada en «Los Archivos de la Danza» de otra maravillosa artista: Encarnación López «La Argentinita».

o o o

Es una estampa lejana: en el año 1905. Un día Antonia Mercé, «La Argentina» y su madre llegan a París. Es el primer encuentro con el público francés. ¿Dónde? Justamente en el «Jardín de París». Acaba—nos cuenta un cronista del momento—de surgir una artista. Francia ha producido en ella una sensación singular, una impresión de segunda patria. Sin embargo, todavía tiene que correr mucho camino, años que son distancia, hasta sus horas triunfales de Trocadero y de la Opera.

Afañes, luchas, perfeccionamientos, y ciudades que pasan y repasan en el «film» del tiempo! Antes de la guerra europea, antes del gran estallido, la «Argentina» se halla trabajando en Rusia «donde ya está a punto de desarrollarse uno de los magnos dramas ofrecidos por la historia contemporánea!»

A muchos de vosotros, lectores americanos, los años de 1915 a 1919, os dicen algo con relación a la «Argentina». Recorre parte del continente nuevo en esa época y su nombradía gana tanta resonancia como admiradores fervorosos.

Mas son las jornadas de París las que pretendemos evocar en este instante. Los carteles de «Ambassadeurs», del «Moulin Rouge», etc., fijan, a menudo, en grandes letras su nombre. Uno de sus biógrafos nos explica cómo, en el invierno de 1922 a 1923, Paul Frank la confía un número de dos o tres danzas en el «Olympia». No obstante, «Argentina» necesita otra atmósfera, otro marco Robert Ochs, director de la revista «Fémina» lo comprende y, deslumbrado—sigue diciendo el biógrafo—por el valor de la artista la ofrece en el Teatro Fémina a un público exigente y selectísimo que cada día aumenta y que acude, fiel, a admirar los bailes españoles que el compositor Nin armoniza y acompaña, que extrae, amolda y obtiene de los ritmos exquisitos y folk-lóricos de España.



En la iglesia española de la rue de la Pompe celebróse el tercer aniversario de su :::: pérdida ::::



Es el primer gran paso. Y una hora trascendente, mejor: una fecha, está a punto de marcarse un guarismo de fuego.

1925. «Argentina» encuentra a Arnold Meckel. Es, puede decirse, un empresario genial que va a consagrarse a la más genial de las bailarinas... La ha visto bailar. Y es el primero—todavía son frases del biógrafo—que pronunciara la frase: «La Argentina» es un genio».

Comienzan las jornadas triunfales. Ya es una historia, cercana, pero como un sueño tan luminoso, imposible, lleno de clamores, de vítores, de deslumbrante prestigio, merecido.

En 1926 «Argentina» baila en la sala Gaveau. Programa español, a base de Granados, Albéniz, Falla, etc. «La Danza de Fuego», de «El amor brujo» de Falla constituye una apoteosis. La crítica se vuelca al día siguiente en los periódicos. Sin embargo, todavía «Argentina» forma programa en compañía de alguna otra artista. Mas, desde ahora va a actuar sola ante los públicos.

Corre el año 1927. «Argentina» se presenta sola ante el público (la sombra benefactora de Meckel la tranquiliza) en el teatro de los Campos Eliseos. A partir de este momento se produce el hecho que pudiera llamarse «la locura de los públicos». La aclama el mundo entero. El mundo entero la llama. Europa íntegramente Europa, es desde este instante, su escenario de baile.

En 1928 hace un gran viaje alrededor del mundo (también lo apuntan sus cronistas).

1929-1930 es su viaje triunfal por los Estados Unidos. En Nueva York conoce el fabuloso delirio de los espectadores, acompañada por la orquesta de la Little Symphony. Después va al Canadá.

Su nombre ya es tan conocido, tan admirado, como el que pueda serlo más en el mundo.

1931 es su vuelta a París y al Teatro de los Campos Eliseos. Una breve temporada y retorno a América. Hollywood la saluda. Las más célebres «stars» de la pantalla son sus espectadoras. Luego, de nuevo Europa: Inglaterra, Holanda, Italia, los países escandinavos.

o o o

Pero la «Argentina» lleva bailando mucho tiempo ya para los poderosos, para los que pueden permitirse «el lujo», lujo verdadero de admirarla. Y desea que todo el mundo la vea y la ame.

Ha elegido el año 1932 para realizar este sueño. Durante la «Saison de París» anuncia el «Trocadero» su primer recital popular. Es el 15 de junio ¡Qué acontecimiento! No hay otro comentario. Se han producido incidentes de los que se hace eco la prensa. ¡El público ha asaltado los despachos de los billetes!

Pero a la hora del baile los 4.000 espectadores, parece que no respiran de tan absoluto que es el silencio. Después, los aplausos en tromba... ¡y la locura!

En 1933 es el primer recital en la Opera, mas le ha tomado gusto a sus devotos del Trocadero y los años 1934 y 35 repite la actuación que se ha vuelto en ella tradicional.

El apogeo sigue... Se diría que la carrera triunfal jamás podrá ser detenida.

¡...Y sin embargo!!... ¡Qué maleficio trae consigo esa fecha de 1936? Es una fecha negra. El comienzo del año no lo haría adivinar. Pero es una fecha negra. La «Argentina» continúa normalmente en ella, pero tan asombrosamente, la cosecha de sus triunfos. Pero 1936 es una fecha horrorosa. ¡Qué mes este de julio!

«El 18 de julio de 1936 va de los alrededores de Bayona donde descansa, a San Sebastián; allí dan los vascos una gala en su honor. El día es her-

oso. Y la artista está increíblemente bella, joven, y magnífica. Un simple traje blanco; y el cortejo de sus intimos. Se halla encantada del espectáculo al que la han invitado.

Son las nueve de la noche; vuelve a tomar el camino de su Villa. Llega y entra. Da algunos pasos... Y se derrumba. Al mismo tiempo ha traspuesto el umbral de su casa y de la Eternidad».

En España, su patria, el alma de su arte, el aliento de su celebridad universal acaba de estallar la guerra civil. Se matan los hombres, y los campos, las ciudades, los hogares ya no son sino llamadas.

Como un símbolo, la más bella de las flores de España, se ha tronchado.

o o o

Todavía en el mes de junio, París, y por el arte de la «Argentina», ofreció en la Opera el ballet completo de Manuel de Falla «El Amor Brujo». Rodeada por Vicente Escudero, por Jorge Wagne, por Carmita, la extraordinaria artista había comprendido aquella noche que se hallaba en su culminación. ¿Cómo hubiera podido imaginar siquiera que apenas transcurrido un mes el ala negra del nervio de la muerte habría de rozarla, arrancarle la vida?

Después aquella jornada de la Opera, Vicente Escudero se marchó a pasar su vacación en España.

A los pocos días, dos o tres, de estallar la guerra civil, pasaba de nuevo la frontera por el lado de los nacionales, entonces tan exiguo de zona fronteriza. Apenas si pasaba nadie. Dados los acontecimientos, quienes cruzaban, eran sometidos a minucioso interrogatorio de identificación personal, más de la comprobación de sus papeles.

El aspecto agitado de Escudero despertó la curiosidad de los vigilantes.

—¿Dice usted que es?

—Soy el bailarín Vicente Escudero.

—¿Escudero? ¿Tal vez del que se nabló hace poco con motivo de una representación en la Opera de París?

—Soy ese.

—Sí, aquí dice Vicente Escudero. Pero de todos modos tendrá que esperar a la identificación, porque esa guerra de ustedes hace que hayamos de poner cierto cuidado. Lo sentimos, pero es preciso que nos enteremos bien.

De cualquier manera a Escudero le miraban con cierta incredulidad, que él mismo acababa de provocar dando su nombre.

De pronto, distraídamente, Escudero miró a un personaje que tenía desplegado un periódico y que estaba leyendo. Entre los grandes titulares que anunciaban los acontecimientos mundiales y, en su mayoría, las primeras noticias de la contienda española, en gran tamaño se destacaban unos que decían: «Detalles de la muerte de la genial «Argentina». Se precipitó Escudero sobre el personaje como preso de un ataque de locura, balbuciendo palabras incomprensibles, que no acertaba a articular, y que de seguro eran excusas, arrebatóle el diario de las manos: devoró lo escrito; sintió que la vista se le nublaba, que todo le daba vueltas y que no le sostenían ya sus piernas habitualmente tan firmes, tan ágiles, tan resistentes, tan seguras: piernas endurecidas en el severo ejercicio del baile.

Cuando recobró el conocimiento oyó que alguien decía:

—Ya ni es necesario. No cabe duda de que es usted el señor Escudero. Puede proseguir su camino hacia París, donde usted dice que se dirige, cuando guste... Y reciba usted nuestro pésame. ¿Usted había bailado con ella recientemente? ¿Verdad? ¡Cuánta desgracia sobre el alma de España! Ah! ¡Y también para nosotros! Lo sentimos, señor; lo sentimos.

Era la primera prueba del dolor universal la que tan en vivo le llegaba muy directamente a Vicente Escudero, que estaba anonadado, deshecho, sin saber, en realidad, si era víctima de una atroz pesadilla.

o o o

Han transcurrido tres años.

En el alma de París y de los parisienses el re-



Sus dientes en pocos días tendrán una blancura resplandeciente si los limpia con la pasta DENTOL. Adquiera hoy mismo un tubo y quedará convencido de las bondades de esta exquisita pasta. Fabricada según los trabajos de Pasteur destruye todos los microbios nocivos de la boca, dejando un perfume agradable y una sensación de frescura persistente.

Dentol

TUBO MEDIANO 20¢
TUBO GRANDE 40¢



Representantes Exclusivos
APARTADO 2143
HABANA

uerdo de la incomparable artista continúa vivo, y el culto por ella es tan férvida como el primer día, tan cálido como a las pocas horas de su pérdida y de su duelo primero.

Ahora parece que Meckel del que van detrás tantas artistas, magníficas, del baile español para que acepte el ser su empresario, cuando las ve, aun en el caso de contemplar un arte maravilloso hace un lento y desesperado gesto de negativa con la cabeza.

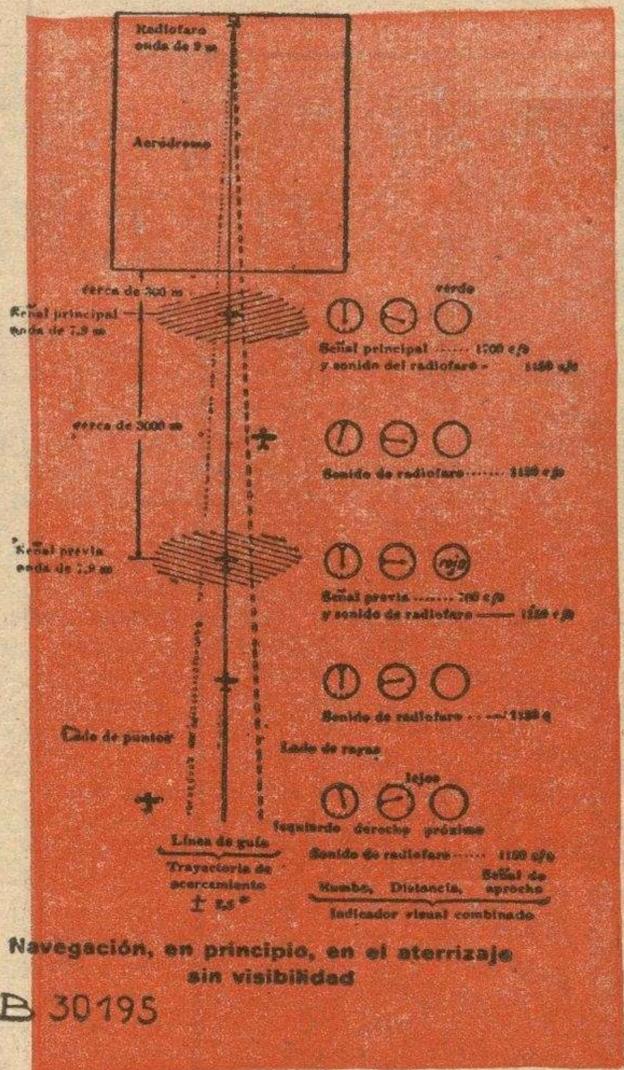
Mas si es fiel Meckel al recuerdo, no lo es menos el público parisién; este público no suele saber excesivas cosas de España; se interesa poco por lo exterior porque está seguro de que todo lo exquisito se lo traen para que él lo contemple, lo rechace, o lo acepte.

Preguntad a una joven, a una dama, o a un ca-

ballero, a un menestral... Pronunciad un nombre, ese nombre «Argentina», y veréis cómo se iluminan sus ojos y cómo inmediatamente os responde con un acento que es una mezcla de dolor y de deleite:

—Mais oui, la danseuse! (¡Si, la bailarina!)

Y cuanta gente, entre la conocida, en esta iglesia íntima de la rue de la Pompe, en la mañana con ramalazos de lluvia y trozos de cielo azul transparente... Cuántos espontáneos, que sólo la vieron de lejos, o de cerca, pero en la escena, al lado de los que fueron sus amigos. Cuánta, cuánta gente, en este tercer aniversario de su muerte, que despejó ayer la primera fecha de paz, con afanes de gloria, en España, derramados, al despuntar el nuevo día en las propias rosas blancas del recuerdo perenne por Antonia Mercé «La Argentina».



Navegación, en principio, en el aterrizaje sin visibilidad

B 30195

Representación esquemática de un aterrizaje con deficiente visibilidad, y ayudado por «radiofaros» de onda ultracorta. Como se ve, el piloto es cuidadosamente orientado en su descenso.

El radiogoniómetro, faro del aire

GRACIAS A LA RADIOTELEFONIA PUEDEN LOS AVIADORES SURCAR DE NOCHE LOS CAMINOS DEL AIRE Y, ATERRIZAR A CIEGAS.

DURANTE las noches tempestuosas del invierno, cuando apenas puede verse a un par de metros de distancia, vuelan los aviones surcando los cielos de muchos países a donde llevan correspondencia y pasajeros. Nada amilana al piloto, y los que viajan a bordo se sienten seguros de arribar a destino con toda felicidad. Es que los problemas que surgieron en la tarea de dar al vuelo mecánico las garantías necesarias de seguridad, han sido resueltos con el descubrimiento del radiogoniómetro, que orienta al piloto y, pese a la cerrazón de las nieblas y las nubes, le indica la ruta a seguir. Apenas la aviación dejó de ser un deporte «para locos» y comenzó a ser una cosa de utilidad para el hombre, se abordaron los problemas relacionados con las rutas a seguir, instalándose señales seguras, pero esto fue

resuelto sólo en parte, porque de día la visibilidad permitía a los pilotos ver las señales colocadas estratégicamente en la ruta, pero cuando la niebla cubría grandes distancias impidiendo ver esas señales, o cuando la noche se cernía, era necesario desistir de los vuelos, porque ellos no ofrecían seguridad. Lo primero que se intentó para resolver esta situación fué la instalación de faros similares a los que guían a los marinos en el mar, pero, por la misma razón apuntada anteriormente, debió desistirse de ellos. A esta dificultad insalvable se sumaron otras, por cuyo motivo las empresas de aviación debían suspender los servicios durante el invierno. Todo esto ocurría hasta no hace más de cuatro años, mas en la actualidad, los servicios aéreos, nocturnos o diurnos, con tiempo bueno o malo se desarrollan normalmente y con el máximo de seguridad, debido a los adelantos de la radiotelefonía, que permiten transmitir de día o de noche señales distintas y seguras a los pilotos de los aviones, los que de esa manera, con esa brújula matemática, no se apartan jamás de la ruta marcada. Maravilloso invento este que ha solucionado uno de los más importantes problemas de la aviación, que se consideraba insalvable no hace mucho,

ficultad de poder indicar al piloto la forma en que podía aterrizar sin visibilidad en el campo. Había que tener presente que, pese a las indicaciones que podían formularse desde tierra, la más leve desviación de la máquina podía ocasionar un accidente fatal, ya que, si bien el campo es extenso, también hay edificación y bien fácil podía estrellarse contra ella, el avión. Para que eso no ocurriera, fué necesario construir aparatos especiales, que se instalaron a bordo y en el campo de aviación. El del avión era un receptor de ondas cortas y el segundo un transmisor. Las señales continuas que se transmiten desde el aeródromo las empieza a recibir el piloto cuando su avión se halla a unos 300 kilómetros de distancia, y, a medida que se va acercando la máquina, estas señales se reciben con más fuerza, hasta que el avión entra en una zona que podemos llamar de influencia decisiva y que se halla a unos 500 metros de la estación transmisora. Entonces el piloto recibe la primera señal que le indica que su máquina se halla a medio kilómetro del campo. Escuchada la señal por el piloto, se dispone para el descenso. Ya el avión se halla a unos 300 metros de altura y a unos 150 metros de distancia del campo de aterrizaje, por lo que, dispuestos los comandos, el avión se posa en



Este es el radiogoniómetro, aparato que ha venido a resolver un serio problema en la aviación: el vuelo nocturno y el aterrizaje a ciegas, cosas ambas perfectamente realizables hoy gracias a él.

Resuelto hace algún tiempo el problema de orientar a los pilotos de los aviones por medio de las señales irradiadas desde tierra, se presentó la di-

tierra con tanta seguridad como si viera el campo de aterrizaje.

La estación trasmisora del aeródromo se llama

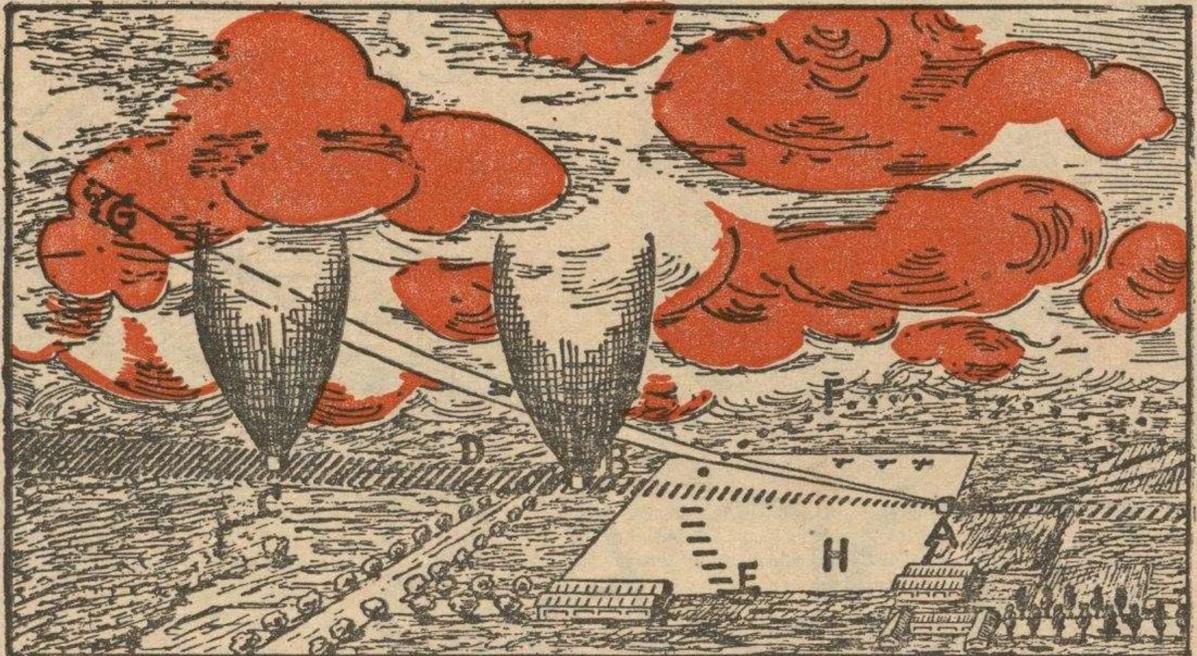
«radiofaro» y transmite en la onda de nueve metros, que se halla modulada a la frecuencia de 1.150 kilociclos alternativamente en un diagrama de puntos y otro de rayas, formando tres zonas fijas en el espacio. Donde los dos diagramas dan la misma intensidad de campo nace una zona angular de cinco grados, que sirve de trayectoria de acercamiento y en la cual el piloto escucha el sonido continuo de la estación transmisora o «radiofaro».

En el receptor del avión existe una aguja que se mueve bruscamente al recibir las señales, y es ella que muestra la ruta a seguir, y, por otra parte, en el parlante del mismo escucha el sonido continuo de la estación, que le indica que está cerca del campo de aterrizaje. La aguja, como guía para el descenso, se desvía a golpes, hacia la derecha el diagrama de la recepción de puntos y hacia la izquierda el diagrama de la recepción de rayas.

Cuando la aguja trabaja normalmente es cuando el piloto percibe la ruta visual y acústicamente, y se dispone al descenso, que lo realiza con toda normalidad.

Este equipo de receptor de ondas cortas, de los que van provistos numerosos aviones de las empresas comerciales europeas y norteamericanas, actúa independientemente de la estación transmisora de radio que hay a bordo. Con el descubrimiento del radiogoniómetro se ha eliminado uno de los enemigos más peligrosos con que contaba la aviación, ya que sin él era materialmente imposible iniciar un descenso sin visibilidad en ningún campo de aviación.

Actualmente, en la casi totalidad de los aeropuertos de Europa, se hallan instalados «radiofaros» que regulan los viajes nocturnos de los aviones de las líneas comerciales que, incesantemente



Con el advenimiento del radiogoniómetro se asegura, hasta con visibilidad nula, el aterrizaje de un avión que tenga a bordo un receptor especial. A, el «radiofaro» emisor emite el rayo-guía con ángulo de 50.; B, el emisor de señal principal indica al piloto que está próximo a tocar tierra; C, el emisor de señal previa, situada a distancias determinadas del campo de aterrizaje, indica al piloto cuándo debe comenzar la curva de descenso; D, la línea de acercamiento se caracteriza por una raya continua; E, al separarse el avión del rayo-guía hacia estribor, la aguja del instrumento se desvía inmediatamente hacia la derecha; F, por el contrario, al separarse el avión hacia babor, la aguja se desvía hacia la izquierda; G, la trayectoria de acercamiento; H, el campo de aterrizaje.

atraviesan el cielo de Europa, en un afán constante de superación.

También en los Estados Unidos de Norteamérica se han instalado dichos aparatos y, dentro de muy poco tiempo, debido al éxito de varias empresas

de aviación en Sudamérica, se los va a instalar también, con lo que la navegación aérea nocturna en nuestro país, que soamente es practicada en el ejército y por algún aficionado, será pronto una realidad.

PENSAMIENTOS

POR DIOGENES

Puede que el tiempo sea dinero, pero nuestros amigos aprecian mucho más el dinero que gastamos con ellos que el tiempo.

La mujer más inteligente es la que hace creer al hombre que él vale mucho más que ella.

Las mujeres son mucho más heroicas que los hombres, como lo confirma cualquier zapatero.

Por lo general, los médicos tienen buena salud; como que nunca toman sus propias medicinas.

Las mismas oportunidades pueden hacer un héroe de un hombre y un imbécil de otro.

La ambición es un avión que no tiene paracaídas.

UN NUEVO JOSE

Una vieja solterona inglesa tuvo que contentarse con una cama alta en el expreso a Montecarlo, porque no había otra. En el tren se impuso de que el que tenía la cama de abajo era un escocés con quien luego trabó conversación. Llegado el momento de acostarse el escocés cedió galantemente la litera baja a la solterona. A los pocos minutos dormía arriba y empezaba a roncar estrepitosamente. La solterona golpeó con su zapato en la cama del escocés para despertarlo, como no hubiera respuesta repitió los golpes una y tres veces sin que cesaran los ronquidos. A la cuarta el escocés asomó la cabeza y dijo: «Basta, señora; he oído todas sus llamadas, pero no estoy dispuesto a bajar». (Pearson's).

No aliente usted la ilusión de que existe en el mundo alguna mujer hermosa que no sepa que lo es.

El amor es el dueño de la infancia, la vida de la juventud y la bancarrota de la edad madura.

La mayoría de los hombres razona en círculos. Por eso no terminan de discutir.

Caritativa es la mujer que no pone en palabras lo que piensa de otras mujeres.

Si la gente que te da consejos supiera que son buenos, no te los daría; los guardaría para su uso personal.

Cuando un solterón empieza a hablar de su «benedita soltería» es porque ha intentado casarse y no puede.

Cartilla Histórica de la Salud

Por FISHER BROWN y NAT FALK

1. ¿CUÁL ES EL PROMEDIO DE ALIMENTOS QUE CONSUMEN LOS NORTEAMERICANOS EN UN AÑO ?

2. ¿QUIÉN ES ARCHIBALD V. HILL ?

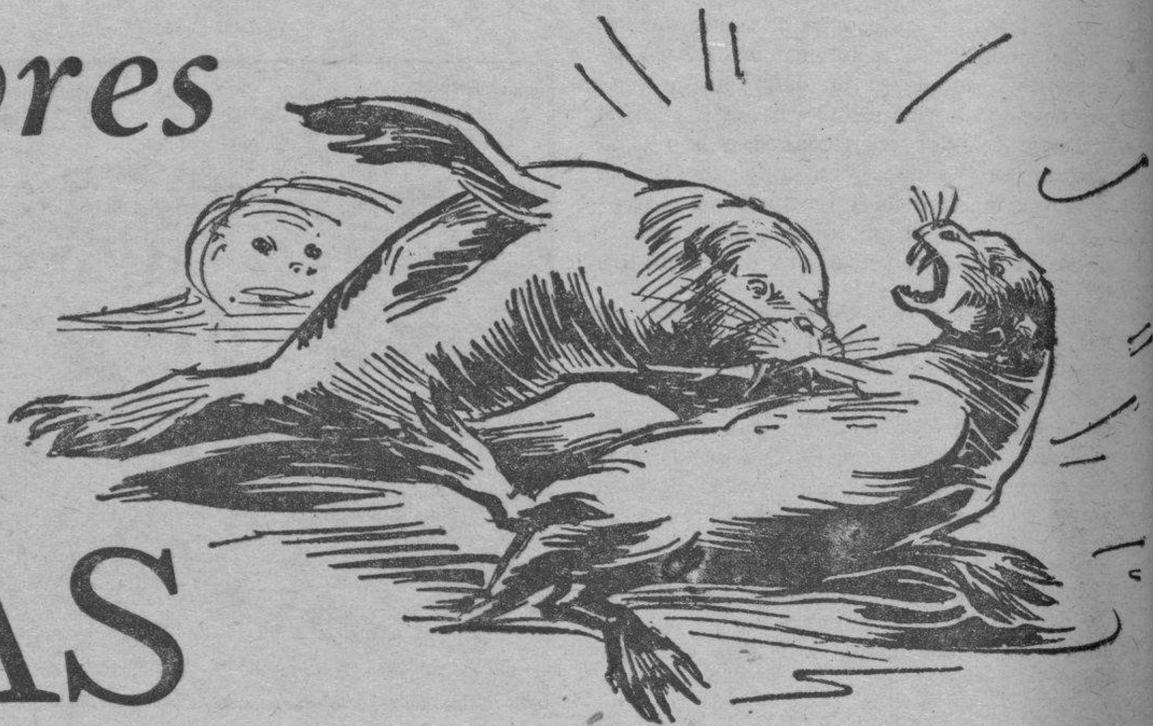
3. ¿QUÉ CALIDAD BENEFICIOSA SE LE ATRIBUYA AL RAPÉ EN OTROS TIEMPOS ?

1.—Cerca de una tonelada de comida incluyendo 153 litros de leche, 17 libras de mantequilla, 5 libras de queso, 8 libras de helados, 18 docenas de huevos, 62 libras de carne, 12 libras de café, 102 libras de azúcar, 180 libras de patatas y 167 libras de frutas frescas

2.—Profesor de Fisiología de la Universidad de Londres a quien fué concedido el Premio Nobel de Medicina en 1922. Su trabajo permitió a los doctores comprender el funcionamiento de los músculos. Sus estudios han sido de gran importancia en todo lo relacionado a la comprensión de la fatiga y el esfuerzo.

3.—Originalmente el rapé se consideraba como una medicina que alejaba los catarros. No es así, sin embargo.

Los amores de las FOCAS



LA CONQUISTA DE LA ENAMORADA ES LABORIOSA; PORESO TAL VEZ DESPUES LOS MACHOS SON TAN IMPERTINENTES EN EL HOGAR, DEL QUE SE TRANSFORMAN EN VERDADEROS IMPETUOSOS TIRANOS.

por **BARRET WILLOUGBY**

LAS islas St. Paul y St. George, situadas en el corazón del mar de Bering, favorecen la reproducción de las focas en gran escala. Las playas de Pribilof—las más neblinosas del globo en verano—son las que escogen en la estación estival dichos anfibios para su procreación, pues sabida es la poca resistencia que tienen para soportar durante mucho tiempo los rayos solares. Esos lugares, en otras épocas abandonados, fueron pasto de una piratería que casi agotó tan enorme fuente de riqueza. Al pasar estas islas a poder de los Estados Unidos, se tomaron todas las precauciones debidas para que aumentara la procreación de focas, por el gran tesoro que éstas representan.

Ambas islas, que tienen unas setenta millas cuadradas, proporcionan el 90 por ciento de las pieles más finas del mundo, con un rendimiento de sesenta millones de dólares, es decir, más de ocho veces la suma que pagaron los Estados Unidos a Rusia en 1867 por todo el territorio de Alaska.

Aparte este valor comercial, dichas islas son el escenario natural del espectáculo más impresionante, en relación con la vida animal, que puede contemplar el hombre: la llegada de las manadas de focas que ascienden a millares a las playas de Lukanin, Tolstoi y Novastoshnah, donde luchan y se hacen el amor.

Los machos, amos de las playas—entre los que hay algunos de seis a ocho pies de largo, con un peso aproximado de 600 libras—, son terriblemente ansiosos y autoritarios para las cuestiones amorosas. Durante seis meses al año les tiene sin cuidado el sexo contrario, pues mientras las hembras se dedican a invernar muy al sur, cerca de la costa de California, ellos viven castamente, en manadas, en el tempestuoso Golfo de Alaska.

Sin embargo, al regresar a Pribilof, reconocen el lugar en que nacieron, y vuelven a ser los más gallardos polígamos del reino animal: apasionados, terriblemente celosos, pendencieros y valientes. En defensa de su harén, inmolan sus vidas, no sólo ante los feroces colmillos de sus rivales, sino ante las flechas y balas del hombre.

Algunos de estos toros marinos llegan a poseer hasta setenta hembras y libran horribles batallas cada vez que algún intruso tiene la audacia de invadir sus dominios. Hay ocasiones, al fin de

la estación, en que se encuentran estos sultanes hechos una verdadera lástima, con innumerables heridas, tuertos, desgarradas sus aletas, pero orgullosos de haber sabido defender sus hembras de los seductores.

En el mundo de las focas, como en ningún otro, el derecho es del más fuerte, y para los victoriosos son los despojos de guerra. Estos anfibios tienen tantas hembras como pueden conservar según su poder de lucha. El número de éstas varía de una a setenta. Todo depende, como hemos dicho, de su resistencia en lides de amor y de combate. De mayo a septiembre se hallan tan ocupados en sus tareas domésticas, que no se apartan ni un milímetro del trozo de playa (unos cuatro metros cuadrados) en que imponen su dominación, y, lo que es aún más extraordinario, durante este tiempo, ni comen ni beben. Esta vida de amor, ayuno y lucha, demuestra una vitalidad y virilidad increíbles.

Durante su época de solteros, no tienen más preocupación ni ocupación que el juego; pero cuando cumplen los siete años y les crece su hermosa melena, se hallan en plenas facultades para escoger su hembra y pelear por ella. Ya emparejados, se convierten en verdaderos tiranos de sus hogares: riñen y pegan continuamente a sus compañeras, cosa por lo demás natural, si se tiene en cuenta el trabajo que les cuesta conquistarlas.

Hacia el 5 de mayo, cuando las primeras nieblas invaden Pribilof, millares de estos anfibios, dueños y señores de estas playas, acuden a Bering, listos para sus conquistas. Son animales realmente bellos. Corpulentos, con grandes y amarillentos bigotes que cubren su labio superior, llegan a tierra lanzando rugidos furiosos y ocupan su puesto, en espera de las hembras, en el mismo lugar en que tuvieron sus dominios el año anterior. Las focas (al fin hembras) se hacen esperar: llegan cinco semanas después. Entretanto, los impacientes sultanes se dedican a alejar a los machos sobrantes, ahuyentando a aquellos que tratan de desalojarlos de sus lugares preferidos. Los vencidos retroceden a las inmediaciones de los terrenos de procreación, en espera de la primera oportunidad para robar una o dos hembras de los hogares establecidos.

En la primera decena de junio quedan resueltas todas las dificultades de local.

A lo largo de toda la playa se encuentran los

luchadores, en ansiosa espera de las hembras que coquetamente se retrasan.

De pronto, a lo lejos, en medio de una ola, ve una cosa ligera, aterciopelada, de limpia melena y largas pestañas que avanza con abundante melena. Todos los machos se aglomeran en la playa, mandando dulcemente y llegan a la orilla del mar para atraer a la hembra con sus dulces rugidos. Ella, que es una vampiresa—¿por qué no han de serlo las focas?—, aprovecha la gran ocasión de su vida y con la cabeza a flote pasa revista a los guerreros, con toda parsimonia. Se diría que no tiene la menor intención de llegar a la playa, si no fuera por el cachorro que concibió el año anterior y que está a punto de nacer, accediendo que en el mar acarrearía irremisiblemente su muerte.

Obligada, más que por el amor, por la fuerza de las circunstancias, sale al fin del agua y se dirige hacia el amo escogido, el cual, amorosamente, la sujeta con sus enormes colmillos por la nuca. Ella conduce a su harén con suave balanceo. De los colmillos de sangre brotan de las heridas producidas por los colmillos del macho en la nuca de la foca.

La cría nace a veces a los diez minutos y a veces unas horas después de haber llegado la madre a tierra; pero como ello en nada afecta al parto, éste se dedica, realizada su conquista, a explorar de nuevo el mar en busca de otra y otras hembras, momentos que aprovecha alguno de los derrotados célibes de la manada para tratar de hacerse una compañera a su desolado hogar. Como la foca es sumamente coqueta, cede ante el asedio del galán; pero a veces, en el preciso momento del rapto, los descubre el verdadero marido y entabla una lucha feroz entre los dos machos, que causa gran espanto de las demás hembras que sólo se limitan de ponerse y poner a sus crías a salvo. Cuando el intruso seductor no quiere soltar su presa, queda hecha pedazos entre los colmillos de los machos. Después de vengarse, el ultrajado esposo arroja a su rival al más próximo harén, donde el sultán reinante repite el castigo, y así sucesivamente, hasta que el infeliz seductor acaba por convertirse en una masa informe cuya sangre se repite durante toda la época de la procreación, al final de la cual los señores de las playas, tan orgullosos y fieros llegaron a ellas, se encuentran en el más lastimoso estado: escuálidos, heridos, con la melena y el bigote destruidos. Hastiados de amores y amoríos—¡y con cuánta razón!—, se hunden en el mar y lentamente se alejan de la costa neblinosa.

UN ESTADO de 15,000 habitantes y un Parlamento al aire libre



El Parlamento de Appenzell Interior, subcantón suizo de costumbres democráticas, se reúne desde hace siete siglos al aire libre, una vez cada año, en un domingo de primavera.

Mientras me vestía recordé las últimas palabras de mi médico de París:

—El lugar que le he recomendado—me dijo—es hermoso. Además, el subcantón Appenzell Interior, a donde usted va, es, políticamente, uno de los países más democráticos del Mundo. Como es muy pequeño—ciento cincuenta y nueve kilómetros cuadrados y unos 15.000 habitantes—se gobierna mediante una Asamblea, en la que toman parte todos los ciudadanos mayores de edad. Conservan costumbres antiquísimas.

Relacionando las palabras de la camarera con las del médico me expliqué en parte el regocijo pueblerino. A pesar de mi propósito firme de no escribir una sola línea durante mi estancia en Suiza, el tema de esta Asamblea popular me pareció sugestivo y me eché a la calle.

UN VIEJO ASAMBLEISTA NOS HABLA

Son las diez y media de la mañana y no hay quien dé un paso por las calles de Appenzell. A los cinco mil habitantes que tiene este pueblo, llamado pomposamente capital del subcantón, se han unido otros tantos

Entablo conversación con uno de los decanos de la Asamblea. Es un hombre de setenta años, que camina ligero y erguido como un chico de veinte. Unas barbas blancas, espléndidas barbas de sociólogo o de investigador científico, contrastan con su rostro curtido de campesino. Bajo el brazo lleva una espada.

—Hace setecientos años —me dice—que se reúne esta Asamblea. La reunión se verifica un domingo de primavera. Cincuenta años llevo yo asistiendo a ella. Mi padre, campesino como yo, también acudió al pueblo tal día como hoy durante toda su vida. Y mi abuelo y mi bisabuelo. Mis hijos han dejado hoy su trabajo para acudir a votar, y tengo dos nietos que votarán este año por primera vez.

—¿Y dónde se reúnen?...

—Ahí, en una explanada, a la salida del pueblo. Ahora lo verá usted...

Mi viejo interlocutor acaricia su espada. Yo estoy deseando preguntarle la causa de que todos vengan armados de tan extraña manera, pero no me atrevo. El viejo campesino me saca del apuro.

—A usted le choca que traigamos espada. ¿verdad?... A todos los forasteros les pasa lo mismo. Parece extraño que a una asamblea de carácter consultivo y pacífico vengamos armados. Esto tiene su explicación. Ningún ciudadano puede presentarse sin ella en la gran Asamblea. Significa que todos estamos dispuestos a defender nuestra libertad con las armas en la mano. Appenzell conserva sus tradiciones democráticas a través de los siglos, y ¡ay del que intentara traicionarlas!

La voz del viejo, al decir esto último, se ha tornado más grave y ha adquirido tonos dramáticos.

LA GRAN ASAMBLEA VA A COMENZAR

En la gran explanada se han reunido los ciudadanos de Appenzell Interior. En primera fila, a la derecha de la presidencia, están sentados los más jóvenes, los que ejercitarán este año sus derechos por primera vez. Enfrente de ellos, los más antiguos, entre los que figura mi amigo de las barbas blancas. Un fuerte redoble de tambores anuncia que el

weibel (presidente de la Asamblea) va a llegar. Ya está aquí. Viene precedido de unos hombres con uniformes vistosos. El cargo de presidente de la Asamblea lo ejerce el ciudadano que más veces haya asistido a ella.

Es, por tanto, un viejecito de barba blanca; va vestido con una gran capa bicolor y un sombrero de dos picos.

Con palabra grave y solemne, y agitando en el aire su gran bastón, declara abierta la Asamblea. Todos los ciudadanos le escuchan descubiertos y en pie.

A continuación, el weibel concede la palabra al alcalde, y éste explica la gestión de su Gobierno durante el año.

Después de esto, la Asamblea comienza sus trabajos, iguales a los de todos los Parlamentos del Mundo. Los campesinos piden la palabra. Unos atacan al Gobierno; otros, le defienden, y de vez en cuando surgen los interruptores. En honor del Parlamento popular de Appenzell, es preciso decir que sus miembros, no obstante lo dicho anteriormente, se conducen con una corrección exquisita. El weibel apenas tiene necesidad de llamar a los ciudadanos al orden.

Al terminar las discusiones se procede a la votación. No hay papeletas ni votos nominales. Los ciudadanos de Appenzell, desde hace siete siglos, vienen votando por el rudimentario procedimiento de levantar el brazo los que estén conformes con que el Gobierno siga y dejarlo caído los que creen que debe ser relevado de sus funciones.

HA CAIDO EL GOBIERNO

La gestión del Gobierno que ocupa la tribuna y que ha ejercido el Poder durante un año, no ha satisfecho a los ciudadanos del subcantón. El brazo derecho de la mayoría de los assembleístas ha permanecido caído en actitud de protesta. El Gobierno está en crisis. Sus miembros se han retirado de la tribuna. Ni un grito, ni una palabra de censura para ellos. Los parlamentarios estiman que ya le han castigado bastante con sus votos en contra y lo ven marchar respetuosos.

Los decanos de la Asamblea celebran una breve reunión con el presidente, y de ésta sale la nueva candidatura que se va a votar.

Ahora, la mayoría levantan el brazo derecho y queda proclamado el nuevo Gobierno, que es acogido con aclamaciones jubilosas.

Los elegidos ocupan la tribuna. De aquí en adelante, estos hombres van a gobernar el pequeño Estado de Appenzell Interior. Pueden hacer las leyes y gobernar como les dicte su leal saber y entender. Al año que viene, en un domingo de primavera, los ciudadanos saldrán de sus casas y bajarán de las montañas a decirles, con el expresivo lenguaje de su brazo derecho, si la gestión les ha parecido buena o mala. Entre tanto, nadie molestará a los flamantes regidores de esta pequeña democracia parlamentaria.

De esta sencilla manera se viene desarrollando la vida política del subcantón Appenzell Interior desde hace setecientos años.

PAUL DUGUIT



El weibel, presidente de la Asamblea, va vestido con una gran capa bicolor y un sombrero de dos picos.

SUENAN TAMBORES

ESTA mañana, entre sueños, oí redoble de tambores y gritos de muchedumbres enardecidas. Me desperté sobresaltado y me encontré en una habitación desconocida. Hice memoria: yo estaba en un cuarto de hotel, en Appenzell, capital del cantón suizo del mismo nombre. Había llegado aquí la noche anterior, fatigadísimo, después de un largo recorrido en un horrendo ferrocarril de vía estrecha. Tranquilizado ya, intenté dormirme de nuevo pero el redoble de tambores bajo mi ventana y los gritos de la gente me lo impedían. Entonces toqué el timbre, para ver si la camarera del hotel me explicaba la causa de aquella agitación matinal.

—¿Desea el desayuno?—me preguntó la camarera, entrando en mi cuarto.

—No. Lo que deseo es saber lo que pasa en este pueblo. Me ha despertado un fuerte redoble de tambores, y yo necesitaba dormir dos o tres horas más.

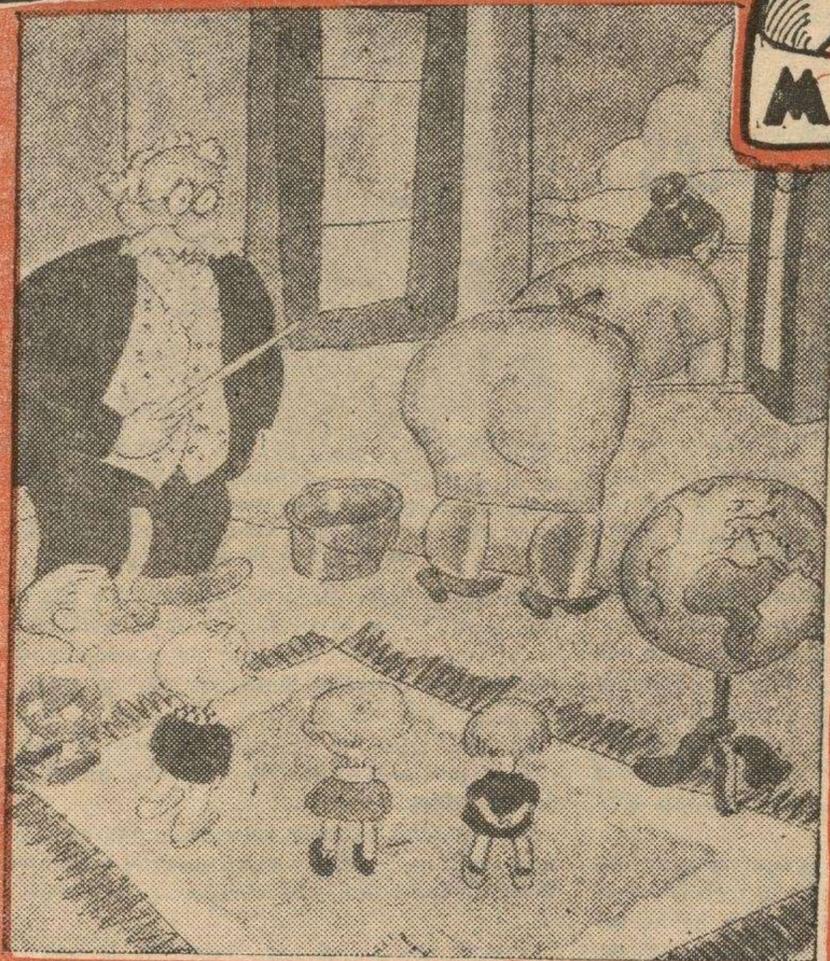
—Hoy no podrá, señor. Todo el mundo ha dejado sus casas al amanecer, porque hoy es día de Honor y Libertad para los ciudadanos de Appenzell.

—¿Y qué quiere decir eso de que hoy es día de Honor y Libertad?

—Yo no sé mucho de esto, señor, porque hasta hace tres meses he vivido en el campo. Sólo puedo decirle que hoy es el día más grande del año para todos los ciudadanos del cantón se reúnen en Asamblea para elegir Gobierno. Los tambores y flautistas van despertando al pueblo y anunciándole que debe acudir a la Asamblea.

LA VUELTA AL

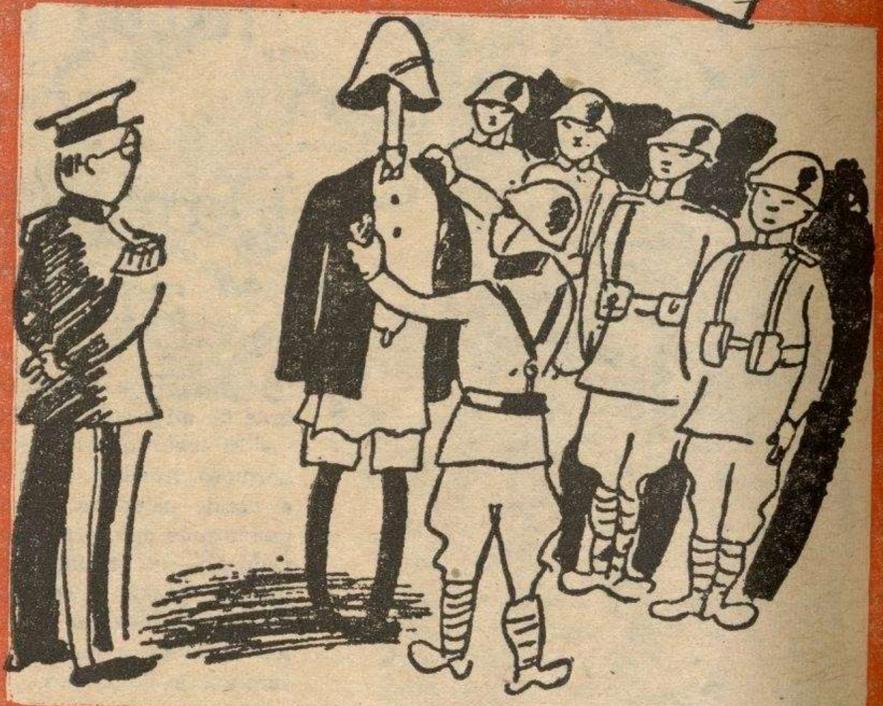
MUNDO del BUEN HUMOR



ESCUELA DE PUEBLO

El maestro (que es miope).—Y ahora, vamos a ver cuál de ustedes es capaz de indicarme dónde está la Polinesia.

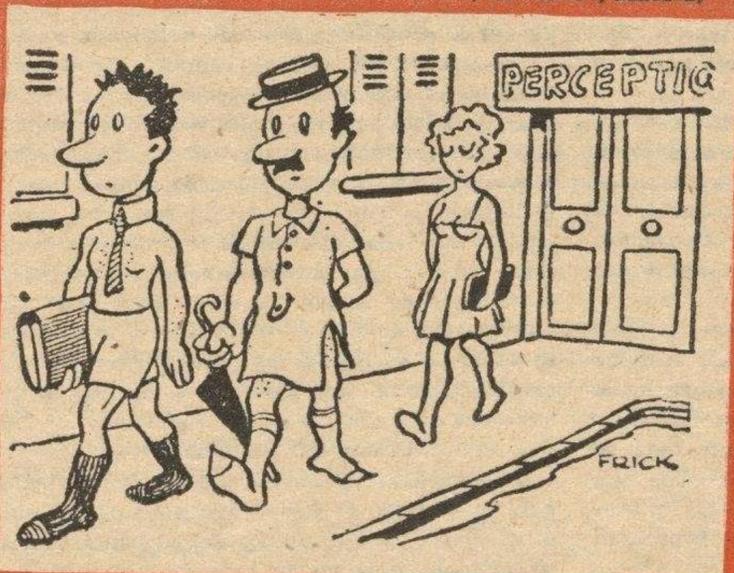
(De Galindo, en «ABC», Madrid)



NUEVA OBLIGACION DE LOS SOLDADOS NIPONES

—En los cuarteles, los soldados japoneses aprenden a desnudar a los Ingleses de las concesiones.

(De Ilustrovany Kurjer Godzienny, Cracovia, Polonia)



EL CALOR Y EL DESNUDO DE TIEN TSIN

La niña, mirando a los dos hombres. — Parece que estamos en Tien Tsin.

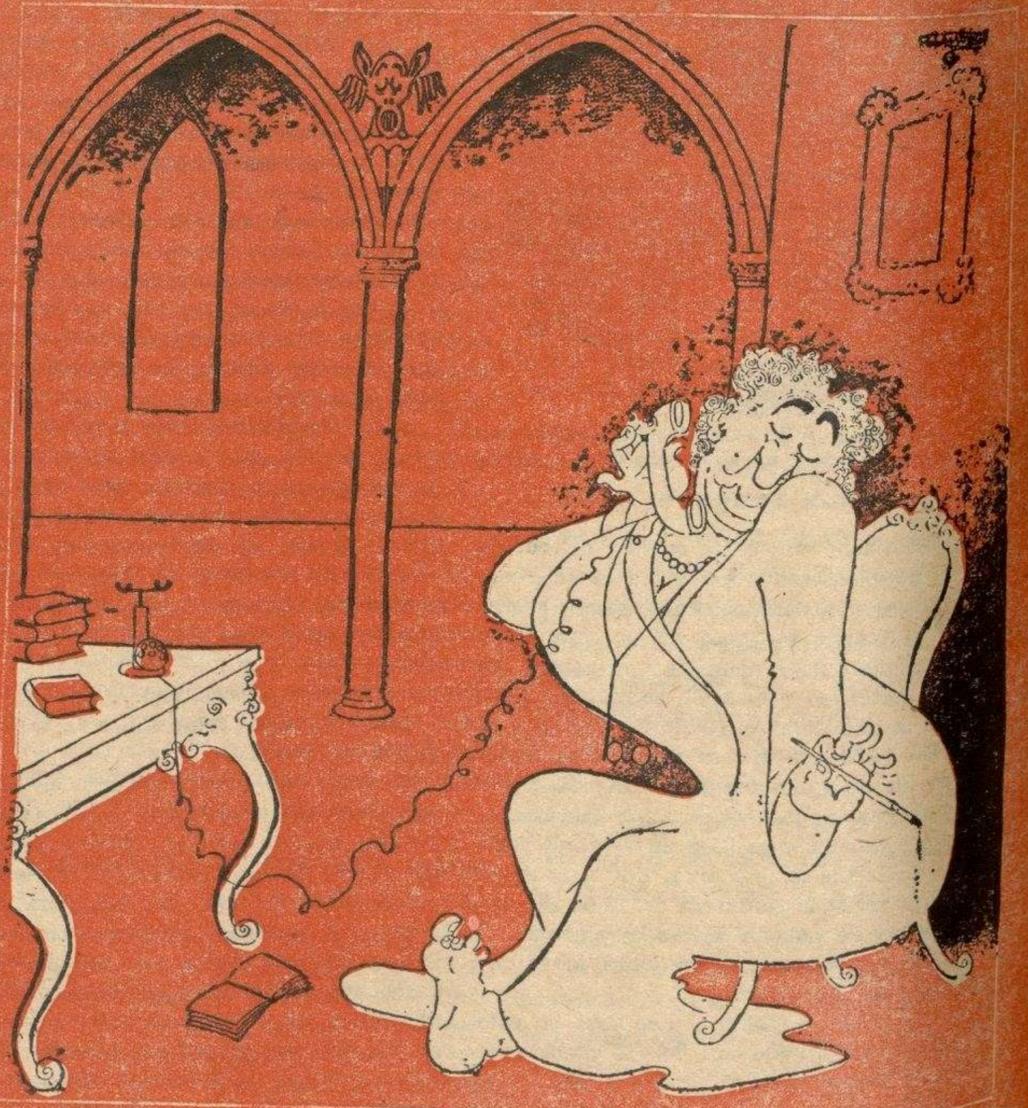
(De «Regards», Paris)



CONSECUENCIAS

—Qué te pasa ahora, ¡mujer!
—Nada, nada; mira la nota del gas. He aquí a lo que conducen tus tentativas de suicidio.

(«Esquires», Chicago)



LA ADIVINADORA

—¡Hola! ¡Sí, aquí está la adivinadora! ¿Quién me llama?

El pueblo canta las caras de mujer

Por J. B. Valero



cantar desmenuza los detalles de la cara que admira y después de dormirse en el hoyuelo de la barba y de recrearse en el lunar de la mejilla, aparta los labios y se deja fascinar por el brillo de los dientes.

Los dientes de tu boquita
campanitas de oro son;
cada vez que te sonríes
me robas el corazón.

Tienes unos dientes
como granitos de arroz con leche.

Mi corazón te camela
por los dientecitos blancos,
la colorcita morena.

La nariz tiene sus cantares. He aquí uno poco conocido:

Su nariz, que del rostro
los campos parte,
de afilada, parece
jabón de sastre.

Las flores y los frutos, con sus perfumes y sus colores inimitables, han sido siempre fuente de comparaciones para el cantador de una cara de mujer.

A limones te huele,
niña, el aliento;
algún limón florido
hay en tu pecho.

Una guinda partida
son tus dos labios,
donde toman lecciones
los hombres sabios.

Eres tú la que quitas
el color a la manzana,
y a la guinda garrafal,
y a la ciruela temprana.

Aparentan tus carrillos
dos camuesas coloradas:
por comértelas a besos
no sé qué diera, salada.

De claveles y rosas
y de alelíos
se te llena la boca
cuando te ríes.

Como las puras rosas
son tus mejillas;
eres la más bonita
que hay en Sevilla.
Tienes la cara:
eres la más bonita
que hay en Triana.

También el firmamento es una buena base para

imágenes y comparaciones halagadoras

La luna clara salió
a competir con tu cara,
y en un nublo se escondió,
corrida y avergonzada.

La luna y los astillejos
se pararon en tu cara
a coronarte de flores,
clavellinita encarnada.

Hermosas he visto yo,
pero como tú, ninguna:
de tu frente sale el sol;
de tu garganta, la luna.

Y a veces ambas cosas se combinan para vigorizar el requiebro.

Tienes, morena, en tu cara
lo mejor de cielo y tierra:
en tus mejillas, dos rosas,
y en tus ojos, dos estrellas.

Y no hablamos de los ojos. Los ojos son los acaparadores de los cantares dedicados a las caras bonitas de mujer. Son también los más conocidos. Por eso preferimos pasarlos por alto y copiar algunos que cantan el conjunto del rostro femenino.

¿Con qué te lavas la cara
ojitos de palomita?
¿Con qué te lavas la cara,
que la tienes tan bonita?

—¿Con qué te lavas la cara
que tan bonita la tienes?
—Me lavo con agua clara
de los caños de la fuente.

Dolores,
¿con qué te lavas la cara,
que tanto te huele a flores?

—¿Con qué te lavas la cara,
nenita, que tan bien hueles?
—Me lavo con agua clara
de jazmines y claveles.

Si fueres a la aceituna
cara de quitapesares,
carita como la tuya
no la habrá en los olivares.

Y, para que no falte nada, la nota cómica. Parecen tus orejas aventadores, y tu boca el portillo de Embajadores.

...La nota cómica, porque la musa de los cantares, cuya alma es la del pueblo mismo en toda su diversidad y sencillez, sabe sa'picar sus horas de pasión y de tristeza con minutos de buen humor y de risa.

El cantar es sin duda la más sentida expresión de la musa popular, esa musa profana, siempre vulgar y un poco infantil, pero que tiene el encanto de la auténtica espontaneidad

En el cantar anónimo, brotado de no se sabe dónde ni en qué momento, a veces sin preocupaciones de métrica ni de sintaxis, se advierten generalmente todos los defectos de las malas poesías, pero al mismo tiempo, ¡cuánto es su vigor y su sentimiento; cuánta es, sobre todo, su gracia! Todo es gracioso, hasta las incorrecciones. Cada palabra, cada sílaba, es una vibración de sentimiento y de ternura.

Por eso, porque es para todos, el cantar toca siempre temas que están al alcance de cualquier sensibilidad y cualquier cultura. La madre, la patria, el terruño, el amor, la mujer. ¿Quién no ama su tierra, quién no adora a su madre, quién no ha tenido un amor, quién no ha admirado a una mujer?

Este último tema, la mujer, amada o simplemente admirada, es el favorito de la musa de los cantares. Nada estimula tan vivamente la inspiración popular como una cara bonita. Los más bellos cantares han florecido al fulgor de unos ojos y al sonreír de unos labios.

Tienes un hoyo en la barba
que parece un canastito;
sí yo me metiera en él,
me quedaba dormidito.

Y como esto se dijo y no se escribió, al pasar la boca en boca, fué sembrando variantes. Todo el cantar popular está sujeto a estos cambios, en los que a veces gana y en los que nunca pierde, porque siempre brota al calor de un entusiasmo espontáneo y sincero. He aquí la prueba:

Tienes un hoyo en la barba
que parece una cunita.
¿Quieres que me meta en él
y me cantas la nanita?

Estos dos ya son variantes de los anteriores, pero en el mismo tema:

En el hoyo de tu barba
Estoy mandado enterrar.
¡Ay, qué muerte tan dichosa!
¡Quién se hubiera muerto ya!

Tus cabellos me prendieron
y tus ojos me mataron
y tus manos en el hoyo
de tu barba me enterraron.

Otro detalle de escasa importancia en la belleza femenina, el lunar, ha sido también vivo estimulante para la ingenua musa de los cantares, como puede verse en estos ejemplos:

Son esos dos lunares
de tus carrillos
luceros que me ciegan
con tanto brillo.
Luceritos son,
que me llevan el alma,
vida y corazón.

Acábame de matar,
que me tienes medio muerto,
con ese lunar que tienes
en el carrillo derecho.

No te quiero por la ropa;
te quiero por los lunares
que tienes junto a la boca.

Ese lunar que tienes
junto a la boca,
no se lo des a nadie,
que a mí me toca.
Junto a la nariz,
no se lo des a nadie,
que me toca a mí.

Si dispone de vender,
señora, usted, ese lunar,
por dineros que otro dé,
yo estoy en primer lugar.

Celoso e impertinente como un enamorado, es

LECHE DE
BELLEZA
TABU



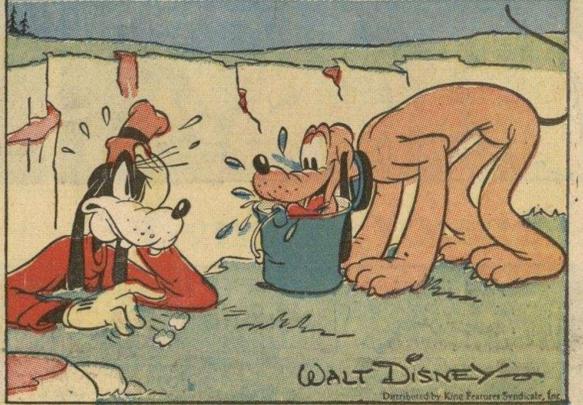
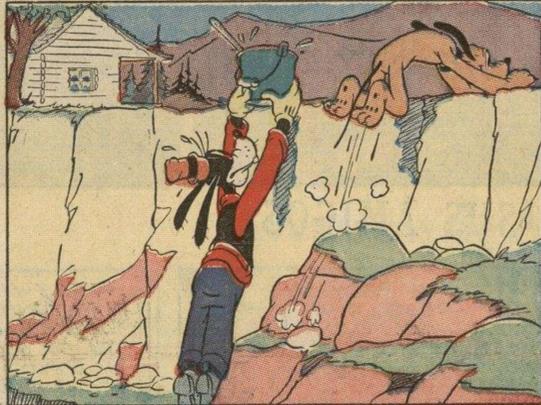
cutis joven y amoroso

Dana
PARIS FRANCE

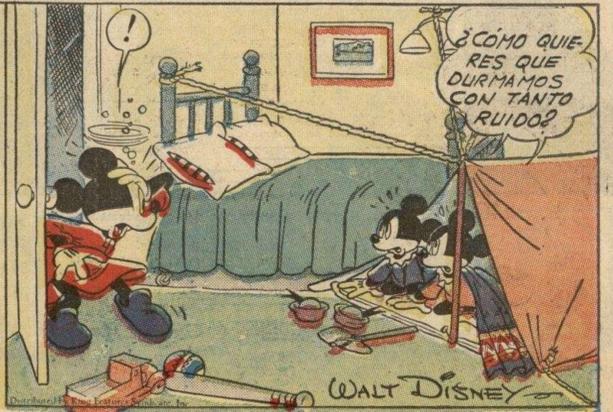
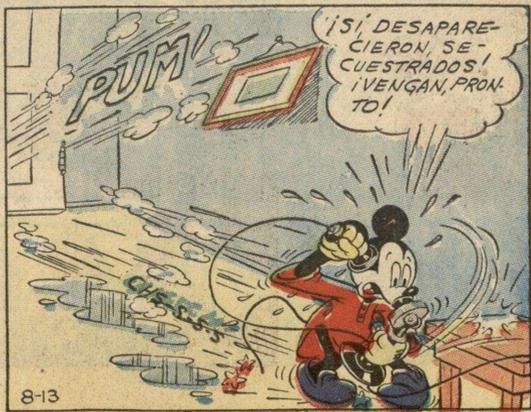
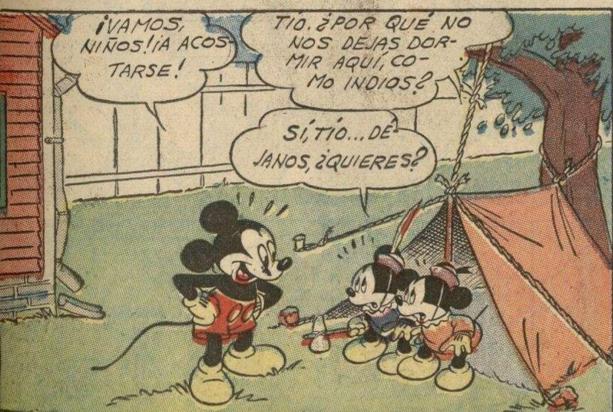
DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 20 DE AGOSTO DE 1939

TRAVESURAS DE PLUTO POR WALT DISNEY



El Raton Miguelito



WONG LO

POR BRANDON WALSH

AUNQUE HA JURADO LEALTAD AL EMPERADOR, EL ASTUTO Y PODEROSO CATÓN CONSPIRA PARA DERROCARLO, MIENTRAS EL EMPERADOR, DISFRAZADO DE MENDIGO Y ACOMPAÑADO POR WONG LO Y EL NOBLE SENADOR ANTONIO, RECORRE LA CIUDAD PARA ENTERARSE DE LO QUE SUCEDE.



¿QUE PATRAÑA ES ESTA? ¡MIENTRAS PERRO, O HAS PERDIDO LA RAZÓN!



¡DIGO LA VERDAD, NOBILÍSIMO CATÓN! ¡CON MIS OJOS VI AL EMPERADOR SALIR DISFRAZADO DE MENDIGO POR LA PUERTA SECRETA!

¿SOLAMENTE?



¡NO! ¡VUESTRO ENEMIGO ANTONIO Y EL EXTRANJERO WONG LO LO SEGUIÁN Y TAMBIÉN OFICIALES DE LA GUARDIA CON LAS ARMAS OCULTAS!



¡AHÍ TIENES UNA BOLSA DE ORO! ¡SIGUE INFORMÁNDOME Y SE DISTO, O PERDERÁS LA VIDA!

¡OIGO Y OBEDEZCO!



¡ES UNA CEBADA MAJESTAD! ¡ESOS JINETES SON DE LA GUARDIA DE CATÓN!

¡MORIRÉMOLOS POR LEANDRO!



ESTA ESCLITO: HAY UNA HOLA PARA PASCAL Y OTRA PARA SECAL LAS LEDES. ¡SALVÉMONOS HUYENDO!



¡ESTAMOS PERDIDOS!

¿QUIEN NEGALÁ QUE UNA TROMPETA LE PLATA NO PUELE ACALLAR A MIL CUELLOS LE BLONCE?



ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh



¡HA VACIADO EL CUBO DOS VECES! ¡QUE SED DEBE TENER!

SIEMPRE TIENE SED. SUS ANTEPASADOS DEBEN HABER SIDO ESPONJAS.



REX SE MANTIENE CON UN RÉGIMEN DE AGUA FRÍA Y AIRE FRESCO. AUNQUE ES TUERTO, TIENE UN OJO QUE VALE POR TRES.



TIENE UNA PATA MUY ÁGIL. LAS OTRAS TRES SON TARDAS. TOTAL: TIENE LA VISTA DE UN CABALLO Y MEDIO Y LA VELOCIDAD DE UN CUARTO DE CABALLO.



¡USTED BROMEA! REX ME PARECE UN CABALLO MUY BUENO.

¡SÍ, QUERIDA! ¡MUY BUENO ES LA EXPRESIÓN, EXACTAMENTE!



Y ES LA PALABRA EXACTA PARA DESCRIBIRLO A USTED. DICEN QUE HA TRABAJADO DÍA Y NOCHE DURANTE TODA SU VIDA CURANDO ENFERMOS Y NO LE IMPORTA QUE LOS QUE SON POBRES NO LE PAGUEN.



¡A QUE SI USTED TUVIERA TODO EL DINERO QUE LA GENTE LE DEBE PODRÍA VIVIR EN UNA CASA DE ORO!

¡NO TAN ALTO, QUERRIDA! ¡REX ES CELOSOSO!



NO ME CONVENDRÍA VIVIR EN CASA DE ORO PORQUE ME VISITARÍAN MUCHOS LADRONES. LA BUENA GENTE A LA CUAL HE TRATADO DE SERVIR ME HA PAGADO CON CRECES.



NO SIEMPRE CON DINERO, PERO CON ESTIMACIÓN, RESPETO, AMISTAD Y LOS DEMÁS SENTIMIENTOS QUE HACEN LA VIDA LLEVADERA. ASÍ ES QUE SUS CUENTAS ESTÁN SALDADAS Y YO ESTOY MUY CONTENTO.



¡CARAMBA, HUESITO! ¡CUÁNTO ME GUSTARÍA CURAR A LOS ENFERMOS Y SER COMO EL DOCTOR!



MODESTO RIZOS

TÍO CRESCENCIO NO SE FÍA DE MORGET... POR ESO ME HA CONFIADO ESTE ASUNTO IMPORTANTE.

SIEMPRE ESTOY DISPUESTO A GANAR DINERO.

BUENO, LLEVEME A SANTA RITA EN MENOS DE DOS HORAS.

¿ES SANTA RITA UNA ALDEA GRANDE?

¿ALDEA? SI NO ES MÁS QUE UNA ENCUCIJADA SEÑOR!

ENTRETANTO, MORGET, QUE HA SALIDO MÁS TARDE, TRATA DE LLEGAR A SANTA RITA ANTES QUE MODESTO.

¡MI MOTOR FALLA! ¡AH! ¡UN AVIÓN! ¡QUIÉN SABE SI...!

¡ESO, PILOTO, SI ME LLEVA A SANTA RITA EN UNA HORA!

¡TRATO HECHO! ¡SUBA!

MORGET SE ADELANTA A MODESTO.

ASÍ SE VIAJA APRISA, CHOFER. A VER SI PODEMOS CORRER MÁS.

SEGÚN LAS INSTRUCCIONES, DEBO SUBIR POR AQUÍ...

STA. RITA

¡QUE SITIO TAN SOLITARIO! ¡Y QUE EXTRAÑO QUE MI TÍO TENGA CONOCIDOS AQUÍ!

¡OJALA QUE CUANDO LLEGUE ENCUENTRE A ALGUIEN EN CASA!

¡VIENE RENDIDO! ÉSTA ES LA MÍA!

8-13

TO BE CONTINUED NEXT WEEK

Aventuras de Aguilucho

Lyman Young

¿QUIERE DECIR QUE UD. ES UN BANDIDO, GAYTAN?

ERA, HASTA LA NOCHE EN QUE ADVERTI A UDS. QUE LES INCENDIARÍAN LA CASUCHA.

POR DESGRACIA, UN ÁRABE DESCONFIADO DESCUBRIÓ MI DISFRAZ Y TUVE QUE PELEAR POR MI VIDA.

PERO NO DEJO DE BUSCAR A MI HERMANA, QUE FUE SECUESTRADA POR LOS BEDUINOS MIENTRAS IBA A ESPERARME.

PUEDA CONTAR CON NUESTRA AYUDA.

GRACIAS MUCHACHOS. LES VOY A EXPLICAR MIS PLANES.

GAYTAN SALE A HACER UN RECONOCIMIENTO

¿VES ALGUNOS BEDUINOS, PEPE?

¡SÍ! ¡AHÍ VAN TRES!

DESPUÉS

¡BEDUINOS! ¡Y VAN EN LA DIRECCIÓN QUE TOMO GAYTAN!

ÉL NO CORRE PELIGRO. LES LLEVA MUCHA DELANTERA.

EL CABALLO DE GAYTAN, CAUSADO TROPIEZA Y CAE, LANZANDO A SU GINETE A TIERRA.

LYMAN YOUNG 8-13 CONTINUARA

